

Pedro Salmerón Sanginés

LOS HISTORIADORES Y LA GUERRA CIVIL DE 1915. ORIGEN Y PERSISTENCIA DE UN CANON  
HISTORIOGRÁFICO

Historia Mexicana, vol. LVIII, núm. 4, abril-junio, 2009, pp. 1305-1368,

El Colegio de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60015959002>

**HISTORIA  
MEXICANA**

*Historia Mexicana*,

ISSN (Versión impresa): 0185-0172

histomex@colmex.mx

El Colegio de México

México

¿Cómo citar?

| Fascículo completo

| Más información del artículo

| Página de la revista

---

**www.redalyc.org**

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LOS HISTORIADORES Y LA GUERRA CIVIL  
DE 1915. ORIGEN Y PERSISTENCIA  
DE UN CANON HISTORIOGRÁFICO

---

Pedro Salmerón Sanginés

*Escuela Nacional de Antropología e Historia  
Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM)*<sup>1</sup>

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

La guerra civil de 1915, que enfrentó a los partidarios de Venustiano Carranza, o constitucionalistas, contra los de Francisco Villa y Emiliano Zapata, llamados convencionalistas, fue la etapa más violenta de la revolución mexicana.

Fecha de recepción: 5 de diciembre de 2007

Fecha de aceptación: 11 de junio de 2008

---

<sup>1</sup> Este texto es resultado de una estancia posdoctoral que, con apoyo del Conacyt, realicé en el posgrado de historia y etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Agradezco a ambas instituciones y en particular a la coordinadora del posgrado, Hilda Hiparraguirre, y al tutor de la estancia posdoctoral, Pablo Yankelevich, el apoyo que me permitió retomar esta investigación, iniciada en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. Agradezco también la lectura puntual que hicieron los doctores Yankelevich y Garcíadiego, además de Gabriela Pulido, Bernardo Ibarrola y Leonardo Lomelí. La beligerancia que se mantiene, así como los errores que se encuentren, son de mi absoluta incumbencia, no obstante sus prudentes y mesuradas observaciones que enriquecieron notablemente el texto.

En ella se enfrentaron poderosos ejércitos mandados por jefes capaces, populares y carismáticos y terminó con la destrucción militar de uno de los bandos en pugna.

Durante casi catorce meses, el conflicto entre constitucionalistas y convencionistas se caracterizó por masivos enfrentamientos militares a lo largo de gran parte del territorio nacional. Los combates iniciaron en noviembre de 1914, con el avance de la División del Norte, de Pancho Villa, sobre la capital de la República, y concluyeron a fines de diciembre de 1915, con la disolución formal de la División del Norte. Al calor de la guerra civil se definieron claramente los principales objetivos y proyectos de las fuerzas en pugna, que encontrarían sus expresiones definitivas en el “Programa de reformas económicas, políticas y sociales de la Revolución”, por un lado, y en la Constitución de 1917, por el otro. De modo que el combate a muerte entre los revolucionarios, que en agosto de 1914 había coronado la demolición del “antiguo régimen”, es decir, del sistema político y las instituciones forjadas durante el prolongado mandato de Porfirio Díaz, implicó también definiciones políticas e ideológicas.

Esas definiciones han sido estudiadas con profundidad por los historiadores, lo que nos ha permitido conocer el significado de la Revolución y sus distintas tendencias; los orígenes, las aspiraciones, las voluntades y propuestas de sus hombres. Varias generaciones de historiadores han interpretado y discutido las características económicas, políticas y sociales de las facciones en pugna, con métodos novedosos y propuestas originales, al hacer del estudio de esa época uno de los de mayor riqueza de nuestra historiografía.

Sin embargo, aunque fue la guerra la que exigió estas definiciones, fue en los campos de batalla donde se dirimió el

conflicto, la mayoría de los historiadores han omitido la revisión y reinterpretación de los factores militares, han adoptado —matizado, cuando mucho— la versión canónica de los hechos. En el transcurso de estas páginas arriesgaremos algunas explicaciones de esta singularidad historiográfica.

La historiografía sobre la Revolución ha puesto en tela de juicio, en los últimos 35 años, casi todos los aspectos de las versiones anteriores u oficiales de la historia: las interpretaciones y reinterpretaciones hechas desde las historias económica, social, la política, la de las ideas y la de la ideología, la regional, la de las instituciones, y otras variantes de la disciplina, han sido novedosas, frescas, ricas y abundantes y, sin embargo, de estas reinterpretaciones ha salido siempre bien librada la versión canónica de la historia militar.

#### LA AUTORIDAD DE LA VERSIÓN CANÓNICA

La versión canónica del triunfo militar de los constitucionalistas sobre los convencionistas se debe a las plumas de dos célebres “revolucionarios artífices de su propia estatua”,<sup>2</sup> dos militares revolucionarios que escribieron sus memorias o su versión de los hechos de que habían sido protagonistas y testigos. Ambos militares, historiadores de ocasión, se convencieron a ellos mismos y a sus lectores —incluidos casi todos los historiadores posteriores— de que “su” versión de los hechos era “la” versión, o mejor dicho, “la verdad de los hechos” que estaban narrando.

---

<sup>2</sup> Véase una caracterización de estos historiadores, en GONZÁLEZ, “75 años”.

El primero de estos militares, en tiempo e importancia, el general de división Álvaro Obregón Salido, escribió en la primera página de su famosísima y única obra: “Este libro está escrito fuera de toda jurisdicción literaria; en cambio, la verdad campea en cada uno de sus capítulos”.<sup>3</sup> No sabemos si él lo creía, pero sí lo creyeron quienes reeditaron el libro en 1959, que dicen en la nota preliminar —seguramente escrita por Manuel González Ramírez, por encargo de los generales Aarón Sáenz y Abelardo Rodríguez— que *Ocho mil kilómetros en campaña*,

publicado [...] en días en que estaban muy cercanos los hechos [...] y cuando vivía la mayoría de las personas que se citaban en el curso de la obra [...] no fue motivo de rectificaciones por ninguno de los aludidos, y menos aún obligado a rectificarse en cuanto a su contenido.

Se trataba, decía dicha nota, de un libro “de primerísimo orden”, pues su autor fue un protagonista de los hechos narrados; porque —entre otros méritos— “es la única obra fehaciente” sobre el triunfo de la Revolución constitucionalista, y porque el autor

[...] se anticipó a los arribistas e improvisados historiadores, pues dijo el general Obregón que escribió *Ocho mil kilómetros en campaña* porque era el poseedor de los documentos originales que constituían pruebas de lo por él afirmado; y porque el conocimiento directo que tuvo de la campaña lo colocaba en mejores condiciones de apreciar y de reconocer los méritos de los hombres que militaron a sus órdenes.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. 3.

<sup>4</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, pp. VII-IX.

Estos hechos —el protagonismo de Obregón y la posesión de los documentos, en su mayoría partes militares por él rendidos— le dieron autoridad en la materia que se volvió casi incontestable al considerar que quien escribió fue quien diseñó las estrategias, tácticas y planes de campaña victoriosos. De esta autoridad se desprendía que en las escuelas militares del país —en las que estudiaron y enseñaron los generales Francisco de Paula Grajales, Miguel Ángel Sánchez Lamego y Luis Garfias Magaña—, “se enseñan e ilustran las campañas del constitucionalismo, con base en el libro del general Obregón”.<sup>5</sup>

El segundo creador fundamental de la versión canónica fue el general de brigada Juan Barragán Rodríguez. Si Obregón fue el jefe de la campaña militar contra los ejércitos de la Convención y comandante en jefe del ejército de operaciones, el general Barragán fue en el mismo periodo jefe de Estado Mayor del primer jefe del ejército constitucionalista, don Venustiano Carranza Garza. Como jefe de Estado Mayor, Barragán tuvo en sus manos todos los partes de guerra y documentos militares remitidos por los diversos jefes de operaciones al primer jefe, por lo que pudo argumentar que tuvo una visión global de los hechos militares de aquel año terrible y, sobre todo, porque de la misma manera que Obregón, usó como fuentes y argumento de verdad la posesión y aprovechamiento de gran cantidad de documentos de la época.

Dichos documentos, reunidos en el archivo del primer jefe, fueron escondidos por el propio Barragán en 1920, quien los recuperó muchos años después para escribir la

---

<sup>5</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. IX.

“verdadera” historia del Ejército y la Revolución constitucionalista, según su argumentación:

De regreso al país [...] ya con la calma necesaria y teniendo a mi disposición el mencionado archivo, rico en autógrafos y documentos inéditos, y aprovechando además el testimonio irrefutable de algunos de los protagonistas de este drama [...] decidí reanudar la interrumpida tarea de escribir la historia completa de [...] la Revolución Constitucionalista [...]

Con las anteriores explicaciones y salvedades, y protestando que los acontecimientos que narro, con severidad analítica, son por sobre todas las cosas, reales y rigurosamente ciertos, pues a diferencia de nuestros adversarios, me avergonzaría de hacer de la historia un instrumento de venganza o de calumnia de los muertos, en interés o en daño de los vivos.<sup>6</sup>

A pesar de la ruptura entre Carranza y el grupo sonoreense en 1920, que enemistó para el resto de sus días al general Barragán con el general Obregón, la historia escrita por ambos es complementaria y difiere en los detalles, pero no en la interpretación global, salvo en el énfasis puesto por Obregón a las acciones del ejército de operaciones, a sus órdenes, sobre el resto de las columnas constitucionalistas.

Tratándose del comandante en jefe de operaciones militares y del jefe del estado mayor general, convertidos en historiadores, la que escribieron pertenece a un tipo de historia a la que podemos llamar “oficial” o del “estado mayor general”

[...] dedicada a demostrar, a costa si es necesario de grandes cañonazos a los hechos, que todas las batallas caen quizás dentro de siete u ocho modelos [...] Hay sin duda cierto realismo brutal en

---

<sup>6</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. I, p. 15.

este enfoque, igual que existe la tosca aplicación de siete u ocho o nueve “inmutables y fundamentales” Principios de la Guerra [...] que las academias militares solían enseñar a sus alumnos.<sup>7</sup>

Hay en este tipo de historia una creencia en algo que John Keegan llama “Lógica Suprema de la Guerra, de carácter universal”, que participa de la convicción de que la historia militar, “debe en último término tratar de la batalla”: la historia de las batallas y de las campañas ha tenido históricamente una clara primacía en la militar. “Porque no es a través de lo que los ejércitos ‘son’, sino de lo que ‘hacen’ como se cambian las vidas de naciones e individuos”.<sup>8</sup> Esta historia-batalla minimiza o excluye de la militar un sinnúmero de aspectos relativos a la economía y a la sociedad en las que actúan y de las que se desprenden los ejércitos; además de factores netamente militares como los relativos al armamento, equipos, logística, moral de combate, organización de los ejércitos, etcétera, como puede verse muy claramente en las historias de Obregón y Barragán, y en general, en la historiografía militar mexicana. Pero de eso hablaremos al final. ¿Qué es lo que cuenta la versión canónica?

#### SÍNTESIS DE LA VERSIÓN CANÓNICA

a) Inicio de las operaciones.

“O de cómo los convencionistas desaprovecharon sus enormes ventajas iniciales, detuvieron su impulso ofensivo y cedieron la iniciativa militar a sus enemigos.”

---

<sup>7</sup> KEEGAN, *El rostro de la batalla*, p. 33.

<sup>8</sup> KEEGAN, *El rostro de la batalla*, p. 34.



La ruptura entre los revolucionarios victoriosos, gestada por la rebeldía de Pancho Villa frente a las disposiciones de Venustiano Carranza, y a su carácter primitivo y brutal, se consumó al fracasar el intento conciliador de la Convención de Aguascalientes, reunida en octubre de 1914. La Convención, manipulada por los enviados de Emiliano Zapata y amenazada por las fuerzas militares de Francisco Villa, terminó desconociendo la autoridad legítima de Carranza, designando presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez y al general Villa como jefe de operaciones militares contra las fuerzas leales al Primer Jefe.

De esa manera, en noviembre de 1914 la División del Norte, villista, inició su avance sobre la capital de la República. Las fuerzas convencionistas estaban formadas por la División del Norte, de Pancho Villa; el Ejército Libertador del Sur, de Emiliano Zapata, e “innumerables fracciones desertoras del constitucionalismo”, la principal de ellas era una parte de la División de Caballería del Noroeste, del general Lucio Blanco.<sup>9</sup> Ante el avance incontenible de la División del Norte, Carranza ordenó la evacuación de la ciudad de México e instaló su gobierno en Veracruz el 26 de noviembre. La situación militar era claramente desfavorable para los constitucionalistas. Dice Barragán: “Un sucinto análisis de la topografía en que operaban los diversos ejércitos beligerantes, bastará para demostrar que las fuerzas Constitucionalistas se hallaban en las peores condiciones militares”.

Según Barragán, los constitucionalistas sólo eran dueños, en el norte, de la plaza de Agua Prieta, Sonora, y de Nuevo Laredo, Matamoros y Tampico, Tamaulipas. Poseían

---

<sup>9</sup> Grajales en OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. LXXIV.

además, en el Golfo, los estados de Veracruz, Tabasco, Campeche y Yucatán, aunque luego se perdió este último estado. Sus dominios en el Pacífico se reducían a los estados de Chiapas y Colima, parte de Oaxaca —incluyendo el istmo—, y los puertos de Acapulco y Mazatlán. Todo el resto del país estaba en manos de los convencionistas.<sup>10</sup> La cuenta de Barragán es exagerada incluso frente a la de Obregón: el general Francisco de P. Grajales, a partir de la glosa del libro de Obregón, añade a los dominios carrancistas los estados de Jalisco y Sinaloa y la ciudad de Monterrey, aunque enfatice también la angustiosa situación de los carrancistas. Sea como fuere, los convencionistas eran dueños de mayor territorio, comunicado entre sí por las vías férreas, y tenían efectivos militares mucho mayores.<sup>11</sup>

Pero los convencionistas desaprovecharon su ventaja al cometer un gravísimo error estratégico “nacido de un obtuso criterio de jurisdicción localista reclamado por Zapata”: el Ejército Libertador del Sur se haría cargo de la campaña de Puebla, Veracruz y Oaxaca, mientras las fuerzas de la División del Norte se encargarían de la lucha en el Occidente, Noreste y Noroeste. “Esta absurda dispersión de fuerzas” dejó frente a las fogueadas tropas del general Obregón a las huestes zapatistas, muy inferiores en calidad.<sup>12</sup>

Con esa decisión, la División del Norte cedió la iniciativa militar y se desgastó en operaciones secundarias sobre Guadalajara, Tampico y Monterrey, mientras Álvaro Obregón, al frente del ejército de operaciones, desalojó a los zapatistas

<sup>10</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. II, p. 201.

<sup>11</sup> Grajales en OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. LXXV; OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. 247.

<sup>12</sup> Grajales en OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. LXXV.

de Puebla y garantizó la posesión carrancista del puerto de Veracruz y del istmo de Tehuantepec, y ocupó sin combatir la ciudad de México, el 22 de enero de 1915, tomó en sus manos, con firmeza, la iniciativa militar cedida por el mando convencionista.

Mientras tanto, el país entero era un campo de batalla: en Sonora, el general Plutarco Elías Calles defendía en la frontera la bandera constitucionalista contra las fuerzas, superiores en número, del gobernador José María Maytorena; en Sinaloa el “exgobernador” Felipe Riveros y los indígenas mayos amenazaban el dominio del gobernador constitucionalista, Ramón F. Iturbe, también atacado desde el sur por el activo general convencionista Rafael Buelna, que controlaba el territorio de Tepic. En Jalisco, el general Francisco Villa desalojó a Manuel M. Diéguez de Guadalajara, pero éste —reforzado por Francisco Murguía, que llegó al sur de Jalisco desde el Estado de México— reconquistó la Perla de Occidente batiendo a Rodolfo Fierro. Felipe Ángeles batió a los constitucionalistas en General Cepeda y Ramos Arizpe, ocupó Saltillo y Monterrey. El convencionista Alberto Carrera Torres tomó Ciudad Victoria. El presidente nominal de la Convención, Eulalio Gutiérrez, rompió con Villa y Zapata y abandonó la ciudad con algunas fuerzas, destruidas por los villistas en el estado de Guanajuato. Villa formó una tercera gran columna que, a las órdenes de Tomás Urbina, avanzó sobre la Huasteca con la intención de adueñarse de Tampico. El carrancista Salvador Alvarado marchó a Yucatán para llevar a ese estado la revolución desde afuera.

Los gobiernos y los mandos militares convencionistas fueron incapaces de entender y conducir esta guerra múltiple. Los sucesivos presidentes de la Convención —Eulalio

Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro— apenas tenían autoridad sobre algunas fuerzas militares. El general Villa no tenía ningún mando sobre las fuerzas del Ejército Libertador del Sur y dispersó a sus propios contingentes en multitud de direcciones, siguiendo criterios puramente defensivos o reactivos, pues la formación de tres grandes núcleos militares a las órdenes de Ángeles, Urbina y Fierro, para operar sobre Monterrey, Tampico y Guadalajara, no tenía otro propósito que el de la defensa de su línea de operaciones y abastecimientos, que iba de Ciudad Juárez al corazón de la República, cuyos puntos más sensibles eran los nudos ferroviarios de Torreón e Irapuato.

Obregón no tuvo mayores problemas para defender la capital de la República ante los ataques permanentes, pero inconexos y sin ningún plan, de los zapatistas, que sólo recuperaron la plaza cuando Obregón la abandonó para lanzar una segunda ofensiva, ahora sobre el Bajío. El caudillo de Sonora buscaba llevar la campaña al centro del país y provocar las batallas decisivas a 1 500 km de la base de operaciones villista, aprovechó que éstos tenían la mayor parte de sus fuerzas repartidas en los múltiples frentes de operaciones. Antes de evacuar la capital, Obregón aseguró la reconstrucción y el dominio de las vías férreas entre Querétaro y Apizaco, se aseguró una vía de comunicación con Veracruz al norte de los dominios zapatistas.<sup>13</sup>

Al llegar al Bajío, Obregón había logrado llevar el centro de gravedad de la guerra al punto elegido por él, y estaban por iniciarse las grandes batallas que decidirían la suerte de la Revolución. Con su visión estratégica, Obregón obligó

---

<sup>13</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, pp. 292-296.

a Villa a concentrar una gran masa de tropas en el Bajío y debilitó los otros frentes, para establecer un precario equilibrio que sólo podría resolverse en el campo elegido por Obregón, quien estaba al frente de los mejores jefes y soldados del constitucionalismo.<sup>14</sup>

b) Las batallas decisivas

“O de cómo se decidió la Revolución mexicana en los campos del Bajío.”

Al avanzar sobre Celaya, defendida por 11 000 hombres, 86 ametralladoras y 13 cañones, Pancho Villa tenía quizá 22 000 hombres con 22 piezas de artillería. Los combates iniciaron el 6 de abril con victorias parciales de los villistas, que encerraron a los carrancistas en Celaya. El dispositivo villista para el segundo día, 7 de abril, no tiene ninguna idea táctica predeterminada, salvo el ataque general, uniforme y simultáneo, sin fuerzas de reserva. Los villistas se desgastaron en furiosos ataques (cargas de caballería) que, aunque pusieron en riesgo el cuadro defensivo, fueron rechazados por Obregón, que utilizó correctamente su artillería y sus reservas. Agotados los villistas, Obregón ordenó un contraataque consistente en un doble envolvimiento del enemigo por los flancos, realizado por dos fuertes columnas de caballería. Villa, que no había dejado reservas, fue incapaz de rechazar esos ataques y la División del Norte retrocedió a

---

<sup>14</sup> Aunque Barragán aduce que otros de los frentes fueron enormemente significativos y que en vísperas de la primera batalla de Celaya, Villa le concedía mayor importancia militar a la columna de Diéguez y Murguía, en Jalisco, que al ejército de operaciones, también dice que el de las batallas del Bajío es el “periodo más trascendental de la campaña militar”, del que “dependía la suerte de la Revolución”. BARRAGÁN, *Historia*, t. II, p. 265.

Salamanca maltrecha y desmoralizada. Los villistas perdieron más de 5 000 hombres frente a menos de 1 000 bajas de los constitucionalistas.<sup>15</sup>

Convencido de que Villa atacaría por segunda vez, Obregón organizó la defensa, acrecentando sus fuerzas hasta 15 000 hombres.<sup>16</sup> Además, Obregón tuvo tiempo para estudiar el terreno y preparar el dispositivo de defensa. La concepción del general Obregón para librar la segunda batalla de Celaya se resume así:

Esperar en una posición defensiva que circunvalará la plaza de Celaya, el ataque del enemigo; mantener una importante reserva fuera de la línea de circunvalación para tomar la ofensiva cuando el atacante se haya gastado material, física y moralmente, en grado suficiente para derrotarlo.<sup>17</sup>

La segunda batalla de Celaya empezó el 13 de abril, cuando 30 000 villistas<sup>18</sup> atacaron furiosamente la población. Los ataques se repitieron todo el día siguiente y la madrugada del 15, tal como Obregón había previsto. Al amanecer del día 15 los carrancistas emprendieron la ofensiva general, de acuerdo con los planes de Obregón, en una de las maniobras “más completas y artísticas” de la Revolución. La derrota de la División del Norte fue total: tuvieron 4 000 muertos, otros tantos heridos y sus enemigos quedaron dueños de toda la artillería, 5 000 armas ligeras y 6 000 prisioneros.<sup>19</sup>

<sup>15</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, pp. 299-303.

<sup>16</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. 327.

<sup>17</sup> Grajales en OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. xc.

<sup>18</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, 1959, p. 328.

<sup>19</sup> La lista de bajas en OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. 315.

En la obra de Barragán se agregan precisiones para recordar la importancia del apoyo enviado constantemente a Obregón desde Veracruz, en forma de parque y refuerzos, a lo largo de las dos batallas de Celaya, destaca el peso que tuvo la retaguardia política y económica del ejército de operaciones, representada por el primer jefe y su gobierno. Salvo ese añadido y algunas críticas, no a las disposiciones, sino a la personalidad del general Obregón, las conclusiones son las mismas. “La segunda batalla de Celaya, es el hecho de armas más brillante que se registra en los anales de la historia de México”, asegura Barragán, y agrega: “El plan de campaña del general Obregón fue genial, desarrollándolo tal como lo concibiera”.<sup>20</sup>

Tras la terrible derrota, Villa se retiró hacia el norte para reorganizar su ejército y reconcentrar fuerzas traídas de los demás teatros de operaciones, y cancelar las ofensivas contra Tampico y el Noreste. También retiró la columna que a las órdenes de Fierro operaba en Jalisco, al ceder a los carrancistas ese estado y el de Michoacán, así como el nudo ferroviario de Irapuato.

Entre el 21-28 de abril el Ejército de Operaciones, reforzado por las divisiones de Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía, ocupó Irapuato, Silao y Guanajuato, adelantando sus fuerzas hasta Estación Trinidad, entre Silao y León, donde Obregón decidió “formar un inmenso cuadrilátero, a la manera de los *cuadros contra caballería*” del siglo XIX. Con los movimientos realizados por las infanterías de Obregón para ocupar las posiciones designadas, inició el 29 de abril la batalla de Trinidad y Santa Ana del Conde, la mayor de la Revolución.

---

<sup>20</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. II, p. 294.

En medio de constantes combates, todas las fuerzas de que Obregón disponía formaron un cuadro a primera vista extravagante por su extensión, pues aunque se dejaron fuerzas de reserva, la función de éstas era solamente colaborar en la defensa. Parecía que Obregón, al extender tanto los frentes y diluir así las fuerzas, renunciaba a la posibilidad de grandes maniobras al adoptar una formación puramente pasiva, pero en realidad era una táctica que respondía al conocimiento que Obregón había adquirido de la personalidad de Villa y de las tácticas de los villistas, que parecían reducirse a la carga y al choque.

Durante días, las ofensivas villistas se sucedieron unas a otras, con terrible fuerza y gran derroche de valor y vidas. Estas ofensivas constantes se convirtieron, los días 21-23 de mayo y 1º de junio, en ofensivas generales que buscaban romper el cuadro defensivo, sin lograrlo. Por su parte, Obregón había planeado, desde el 29 de mayo, una contraofensiva para el momento de mayor desgaste de su enemigo, fechándola finalmente para el 4 de junio. Fue mientras Obregón explicaba la intención y alcances de la contraofensiva al general Francisco Murguía, en Santa Ana del Conde, que una granada le cercenó el brazo.

La grave herida de Obregón no impidió que la ofensiva se realizara conforme a sus disposiciones, instrumentadas por el jefe interino del ejército, general Benjamín Hill, el 5 de junio. La doble maniobra envolvente, favorita de Obregón, se complementó con una penetración de la caballería de Murguía hasta la profunda retaguardia enemiga, que terminó con la toma de León y el colapso de todas las líneas villistas. Los efectivos totales del ejército de operaciones en esta batalla fueron 25 426 hombres (30 000, según Barragán),



de los que fueron bajas 1 708, entre muertos y heridos. Los villistas, solamente en las acciones de los días 3-5 de junio, perdieron más de 5 000 hombres.<sup>21</sup>

A su vez, Barragán advierte en su libro que hasta la segunda batalla de Celaya, las versiones de Obregón y la suya propia son coincidentes, pero que a partir de ahí dejan de serlo, aunque para el fin que nosotros perseguimos siguen siéndolo: Barragán disiente de Obregón para exaltar la figura del general Francisco Murguía, al presentarlo como el verdadero vencedor de León, y para mostrar bajo luces muy vivas la importancia de la retaguardia constitucionalista, en Veracruz; pero la narración de los hechos y sus resultados, coinciden en los demás aspectos. Y aunque Barragán atiende las acciones de las demás columnas militares del constitucionalismo, comparte con Obregón la convicción de que aquéllas fueron operaciones secundarias y que la guerra se definió en el Bajío.<sup>22</sup>

Tras la derrota de Trinidad y León, la División del Norte se concentró en Aguascalientes, aunque realizó importantes maniobras de distracción al tratar de detener a los carrancistas o cortar su línea de comunicaciones, cosa que efectivamente realizó una fuerte columna de caballería que, a las órdenes de Rodolfo Fierro, desorganizó la retaguardia carrancista y llegó casi hasta México. Sin embargo, aunque con una angustiosa escasez de municiones y combustible, Obregón decidió destruir al enemigo principal y avanzó sobre Aguascalientes en un amplio movimiento envolvente

---

<sup>21</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. II, p. 326. OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, pp. 376, 378, 380-381 y 385.

<sup>22</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. II, pp. 321-323.

para atacar la plaza desde el norte, y no desde el sur, donde los esperaban las posiciones defensivas de la maltrecha División del Norte.

La batalla de Aguascalientes se libró los días 7-10 de julio, en un terreno agreste y sin agua, no previsto por ninguno de los dos generales en jefe. A lo largo de dos días, mostrando que no había aprendido nada de sus derrotas, Villa lanzó sus acostumbradas ofensivas contra el cuadro formado por Obregón a lo largo de la barranca de Calvillo. Por fin, como en las batallas anteriores, agotado el empuje y la moral de los enemigos, Obregón ordenó una brillante maniobra ofensiva que puso a los villistas en fuga. En esta, última de las batallas del Bajío, los villistas tuvieron quizá 1 500 muertos y heridos, 2 000 prisioneros y más de 5 000 dispersos, por sólo 600 bajas de los carrancistas.<sup>23</sup>

c) Las operaciones finales.

“La resistencia final y el canto del cisne de la División del Norte.”

Tras la batalla de Aguascalientes —dice el general Grajales, glosando el libro de Obregón—, la lucha contra el villismo adquiere un aspecto fragmentario sobre una gran extensión del territorio nacional y aunque se libran encuentros de cierta importancia, ninguno alcanza las proporciones de una verdadera batalla.<sup>24</sup>

Barragán afirma que la toma de Aguascalientes “marca el ocaso del villismo. Los restos de lo que había sido un

---

<sup>23</sup> OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. 407.

<sup>24</sup> Grajales en OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros en campaña*, CXXVIII.

formidable ejército, se retiraron a Zacatecas en tal estado de desorganización, que no volvieron a presentar combate".<sup>25</sup>

Pero aún faltaba ultimar al villismo: en julio los carrancistas ocuparon Zacatecas y San Luis Potosí y cazaron a la columna de Rodolfo Fierro. Durante agosto y septiembre se redujo considerablemente el radio de acción del villismo, presionado desde el sur por el ejército de operaciones y desde el oriente por las fuerzas carrancistas que habían sostenido los frentes del noreste y de El Ébano. Monterrey, Saltillo, Durango, Torreón y otras ciudades fueron ocupadas por los carrancistas, mientras en Nayarit, Sinaloa, Guerrero y otros estados, se eliminaba a los grupos convencionistas que habían operado en los meses precedentes. En esas condiciones, el hecho de que Estados Unidos reconociera como gobierno *de facto* de la República al encabezado por don Venustiano Carranza, el 19 de octubre de 1915, fue solamente la aceptación de hechos consumados por parte del gobierno del país vecino, que había vacilado entre uno y otro bando.<sup>26</sup>

Aunque estaba derrotado, el general Villa reunió todos sus elementos para lanzarlos a una nueva ofensiva, pensando que aún era posible revertir la situación militar. Reducidos sus dominios al estado de Chihuahua, Villa dispuso una columna que retrasara al máximo el avance victorioso de los constitucionalistas mientras él personalmente, al frente de 12 000 hombres, cruzaba a Sonora para unirse a los contingentes leales a José María Maytorena, que dominaban buena parte de aquel estado. Otra columna, de unos 3 000

---

<sup>25</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. II, p. 395.

<sup>26</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. II, p. 488.

hombres, a las órdenes de Juan Banderas, debería cruzar la sierra y aparecer en el norte de Sinaloa, para distraer el avance de las fuerzas que enviaran los carrancistas hacia Sonora.

Sin embargo, ya nada podía hacer Francisco Villa frente a la creciente superioridad de los carrancistas victoriosos. Rechazado frente a Agua Prieta, a finales de octubre, fue totalmente derrotado en Hermosillo por el general Manuel M. Diéguez. El Centauro regresó a Chihuahua con un puñado de hombres, cuando ya el sur del estado estaba en manos de Jacinto B. Treviño, cuyos elementos eran muy superiores a los que restaban al villismo. En los últimos días de diciembre de 1915 todas las ciudades de Chihuahua fueron ocupadas por los carrancistas y Pancho Villa disolvió formalmente la División del Norte. Durante dos meses, pareció que la guerra había por fin terminado, y aunque no fue así, la nueva etapa —iniciada con el ataque de Pancho Villa a Columbus, Nuevo México, el 8 de marzo de 1916—, tendría un carácter muy distinto, en el que ya no estaban en disputa el poder nacional ni el proyecto de Estado: aunque en guerra por cinco años más, desde diciembre de 1915 los constitucionalistas eran los vencedores de la Revolución.

Además, con el villismo herido de muerte en las batallas del Bajío, una nueva columna, a las órdenes de Pablo González, daba a los carrancistas el control de la ciudad de México iniciando una campaña de cerco y destrucción de los territorios bajo control del ejército libertador del sur.<sup>27</sup>

---

<sup>27</sup> Las versiones de otros veteranos constitucionalistas se limitan a matizar o enriquecer, sin alterarla, esta versión. Véanse M. ALESSIO, *Obregón como militar* y AGUIRRE, *Mis memorias*. Incluso las versiones cercanas al villismo escritas durante el sexenio cardenista o posteriormente

¡Así terminó el año terrible de 1915, durante el cual se habían registrado los sucesos más notables, trascendentales y significativos de la Revolución más grande que ha tenido México! [...]

Nunca en la historia de nuestra vida independiente habían tenido lugar acciones de armas de la magnitud y de la ferocidad de las que presenciara el país en esta [...] campaña. En el mismo Continente Americano, si exceptuamos las batallas libradas durante la guerra de secesión en los Estados Unidos, no encontramos acciones bélicas más grandes que las empeñadas por los ejércitos del general Obregón y del general Villa, que tuvieron por escenario las llanuras del Bajío [...]

Si grande fue Carranza al enfrentarse [...] al poder de la usurpación [...] más grande fue nuestro heroico Primer jefe, al hacerle frente a la poderosa División del Norte y a sus aliados, los zapatistas, cuando prácticamente habían dominado todo el país.<sup>28</sup>

#### APUNTALANDO LA VERSIÓN CANÓNICA

Entre 1955-1970, que coinciden con los años dorados del sistema político mexicano, se construyeron los grandes monumentos historiográficos de la idea oficial de la Revolución, sustento y justificación histórica del Estado que se decía emanado de ella. La idea de revolución de la que partían estos libros era la de una revolución popular, agraria y nacionalista, una e indivisible, “de originalidad originalísima”.<sup>29</sup>

---

por antiguos militantes de la División del Norte, o que le daban voz a éstos, aunque rechaza las descalificaciones de Villa y sus partidarios comparte en lo general, estas líneas de interpretación. Véanse, en particular, VARGAS, *A sangre y fuego*; GUZMÁN, *Memorias de Pancho Villa*, y CERVANTES, *Francisco Villa*.

<sup>28</sup> BARRAGÁN, *Historia*, t. II, pp. 538-539.

<sup>29</sup> Jesús Silva Herzog, citado en su contexto historiográfico en SALMERÓN, “Pensar el villismo”, p. 105.

Los autores de estos libros, entre los que podemos mencionar por su importancia a José C. Valadés, Miguel Ángel Sánchez Lamego, M. S. Alperovich y B. T. Rudenko, Jesús Silva Herzog, Manuel González Ramírez, Francisco R. Almada y Charles C. Cumberland, hacen suya la versión canónica de Obregón y Barragán para explicar los hechos militares de 1915, matizan algunas veces, varias informaciones de aquellos generales, pero nunca la línea general de interpretación, que incluso fue enriquecida y apuntalada.

De estos historiadores y otros posteriores, continuadores de la misma idea, los que mayor atención prestaron al aspecto militar fueron los generales Miguel Ángel Sánchez Lamego y Luis Garfias Magaña, quienes intentaron llenar el hueco de la historia militar de México desde la tradición de la historiografía erudita y enciclopédica y, al mismo tiempo, con sólida formación militar. Más aún que entre los historiadores civiles o profesionales, en Sánchez Lamego y en Garfias, aparece claramente la “historia del Estado mayor” sustentada en la filosofía de Karl von Clausewitz.

Entre 1956-1960 Sánchez Lamego publicó los cinco tomos de la *Historia militar de la Revolución Constitucionalista*, a la que agregó en 1983 el pequeño volumen de la *Historia militar de la Revolución en la época de la Convención* que, aunque sin el abrumador alarde de erudición del título precedente, presenta una explicación político-militar (clausewitziana) de la derrota de la revolución popular.

Por su parte, el general Garfias publicó en 1982 los dos tomos de la *Breve historia militar de la Revolución Mexicana*, donde presenta una explicación de los hechos que después retomaría en sus participaciones en la obra colectiva *Así fue la Revolución Mexicana* [véase bibliografía], que permitió

una síntesis con la presentación convincente de los descubrimientos de los historiadores revisionistas. Los historiadores académicos que tomaron parte en esta obra reconocieron la autoridad de Garfias en materia militar, asumiendo — como lo hacen en sus propios libros — las líneas generales de la explicación presentada por ese militar. Desde la explicación de la ruptura entre Carranza y Villa, atribuida a agravios, rencores y ambiciones personalistas, el relato del general Garfias sigue punto por punto al del general Obregón, hasta el grado que parece una ampliación de la glosa o interpretación que de los *Ocho mil kilómetros en campaña* hizo en 1959 el general Francisco Grajales, incluidos los croquis de las batallas.

Por el contrario, Sánchez Lamego intentó una explicación global de los hechos militares que no se limita a la campaña del ejército de operaciones, por lo que tras presentar la fuerza y posiciones iniciales de los beligerantes, muestra los distintos teatros de operaciones en los que se libró la guerra, y explica por separado las acciones militares en cada uno de ellos.

Según este autor, al deslindarse los campos, los convencionalistas contaban con 60 000 hombres de la División del Norte y 30 000 del ejército libertador del sur, por solamente 35 000 soldados constitucionalistas.<sup>30</sup> Villistas y zapatistas “se

---

<sup>30</sup> SÁNCHEZ, *Historia militar*. Son tan exagerados estos datos que el propio autor se contradice: por ejemplo, al presentar las cifras dice que al unirse en Jalisco la División del general Francisco Murguía con la de Manuel M. Diéguez, las fuerzas de ambos jefes sumaron 7 000 soldados (p. 30), para afirmar posteriormente que al consumarse la escisión, Diéguez tenía 14 000 soldados en Jalisco (p. 123) y Murguía 9 000 en Toluca, de los que conservaba 6 000 cuando se unió a Diéguez, sumando las fuerzas de ambos 9 000 hombres (p. 130). Y este tipo de errores campea en la obra.

encontraban en posición central, dominando la mayor parte del territorio nacional”. El territorio dominado por Villa comprendía los estados fronterizos del norte, excepto Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, y los estados del centro del país; los zapatistas dominaban casi todos los estados del sur.

Los constitucionalistas quedaron en una posición periférica, encontrándose muy distantes entre sí los núcleos, numéricamente muy inferiores a las concentraciones que sus adversarios podían realizar en los diferentes teatros de operaciones. En efecto, después de evacuarse la ciudad de México, quedaron situados como sigue: en el estado de Veracruz y la zona norte del de Puebla, junto con el de Tlaxcala, el núcleo principal al mando del general Álvaro Obregón, fuerte aproximadamente en 15 000 hombres; en los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, unos grupos armados con un total aproximado de 7 000 hombres, al mando de los generales Antonio I. Villarreal, Pablo González y Luis Caballero; en el estado de Jalisco, operaba la División de Occidente, que mandaba el general Manuel M. Diéguez, a la que pronto se le incorporó la 2a. División de Caballería del Ejército del Noreste, al mando del general Francisco Murguía, procedente del Estado de México, formando entre ambos un contingente como de 7 000 hombres; en el noroeste, ocupando las plazas de Culiacán y Mazatlán, Sin., dos brigadas a las órdenes de los generales Ángel Flores y Ramón F. Iturbe, con 3 000 hombres en total, y en la plaza de Naco, Son., la brigada del coronel Plutarco Elías Calles, con unos 1 000 hombres aproximadamente. Además, había que contar con una columna, fuerte en unos 3 000 hombres, que fue enviada de Tabasco y Campeche, sobre Yucatán, para aplacar una sublevación ocurrida en esta última entidad.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> SÁNCHEZ, *Historia militar*, p. 3. Puede verse que la suma no da de nin-



De acuerdo con esto, se constituyeron los teatros de operaciones del sureste, del noroeste, del noreste, de occidente, del centro y de oriente. El autor explica el desarrollo de cada uno de estos frentes de operaciones. Esta forma de presentar el trabajo parece anunciar una interpretación distinta de la canónica, hasta que el lector avanza por las páginas del libro, para darse cuenta que las operaciones en los demás frentes fueron secundarias o subordinadas de las que se libraron en el frente del centro, donde se decidió la guerra. También resalta, de manera más clara que en los orígenes de la versión canónica, la abrumadora ventaja de los convencionistas en todos los frentes al inicio de la guerra.

De ese modo, en el frente del sureste las operaciones, muy secundarias, se resolvieron en marzo de 1915 con el rápido triunfo del carrancista Salvador Alvarado. En el noroeste lo importante fue la férrea resistencia de Plutarco Elías Calles, Ángel Flores, Ramón F. Iturbe y Juan Carrasco, en sus respectivas posiciones (desde el norte de Sonora hasta el sur de Sinaloa), frente a las fuerzas superiores en número de José María Maytorena y Rafael Buelna. Esa resistencia impidió que los convencionistas dominaran esa región, distrajo efectivos importantes y prestó una sólida base, en octubre y noviembre, a los poderosos contingentes llegados del centro del país para dar el tiro de gracia a la División del Norte. A su vez, el frente oriental no fue abierto, sino después de la derrota de Francisco Villa en las batallas de Celaya, cuando el primer jefe dispuso que se formara un ejército que, a las órdenes de Pablo González, debía recuperar la ciudad de

---

gún modo los 30 000 soldados que, reiteradamente, afirma este autor que constituía la fuerza armada carrancista al inicio de la lucha.

México e iniciar las actividades de cerco y aniquilamiento sobre el ejército libertador del sur.

Lo significativo de las operaciones en los frentes del occidente y del noreste consistió también en que los carrancistas resistieron, con efectivos inferiores, las poderosas ofensivas villistas, atrayendo grandes contingentes enemigos que no estuvieron disponibles para las acciones principales en el Bajío, hasta que la derrota de Villa en el frente central se tradujo en el colapso villista en los otros teatros de operaciones. El autor destaca que ni Ángeles en el noreste ni el propio Villa en Jalisco fueron capaces de destruir las fuerzas de Antonio I. Villarreal y Maclovio Herrera por un lado, ni de Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía, por el otro, ni de obtener ventajas estratégicas a pesar de sus victorias tácticas, antes de que Álvaro Obregón se internara amenazadoramente en el Bajío. También destaca la vigorosa defensa de El Ébano, donde Jacinto B. Treviño impidió que 20 000 villistas a las órdenes de Tomás Urbina se apoderaran del estratégico puerto de Tampico.

Es decir, que el destino de la Revolución se decidió en el frente central, otra vez explicado, como en el caso de Garfias, siguiendo puntualmente la narración de Álvaro Obregón y la glosa de Francisco de P. Grajales. Así, tras seguir al caudillo sonoreense en su marcha de Veracruz a la ciudad de México, Sánchez Lamego lo acompañó al Bajío. Los números, datos, hechos y conclusiones son los mismos que ofrece el general Obregón en su obra, con la misma selección de partes y documentos ahí presentada.

Como ocurre al leer a Garfias, podríamos pensar que en Sánchez Lamego no hay nada nuevo, y que bastaba con la lectura de la narración de Obregón; sin embargo, la orde-

nada presentación de los hechos de armas en los “frentes secundarios”, permite seguir la versión canónica sin los meandros, interrupciones y diatribas que saturan la obra de Barragán. De la misma manera, leer a Garfias nos permite entender el puente que va de Álvaro Obregón a la historiografía académica de los años setenta y ochenta.

Porque el general Garfias, además de su *Breve historia militar...*, escribió, como ya dijimos, los capítulos relativos a la historia militar, en el notable trabajo colectivo de síntesis titulado *Así fue la Revolución mexicana*. También resulta significativo que el otro gran esfuerzo académico colectivo por presentar una versión sintética y global del proceso revolucionario y reconstructivo, la *Historia de la revolución mexicana*, de El Colegio de México, repita la versión canónica.

En efecto, la descripción de la campaña militar en *La encrucijada de 1915*, de Berta Ulloa, tiene como fuente principal, acaso única, los *Ocho mil kilómetros en campaña*, y en ese libro, como en el precedente, “Doroteo Arango” aparece como un caudillo militar impulsivo, carismático y audaz pero incompetente como estratega, de la misma manera que era incompetente como gobernante.<sup>32</sup> Numerosas versiones más repiten lo mismo: glosar a Manuel González Ramírez, Luis Fernando Amaya, Robert Quirk o Charles Cumberland no haría sino abundar en lo ya dicho. Sin duda José C. Valadés aporta matices y datos interesantes y novedosos, pero en lo general, también comulga con la versión canónica.

---

<sup>32</sup> ULLOA, *Historia de la Revolución Mexicana. La encrucijada*. Véase también ULLOA, *Historia de la Revolución Mexicana. La revolución escindida*.

## LA EXPLICACIÓN ESTÁ EN OTRA PARTE

Mientras autores como Cumberland o Garfias continuaban repitiendo la versión canónica de los hechos militares y hasta la idea oficial de la revolución mexicana, una generación de apasionados estudiosos hacía su aparición en la historiografía de la Revolución, alterando de manera profunda, definitiva quizá, nuestra percepción de aquellos hechos.

A fines de los años sesenta y principios de los setenta del siglo xx, se publicó media docena de libros inteligentes y bien escritos, cuyos autores hacían nuevas preguntas al pasado que, dejando atrás los ¿qué, quién, cómo, dónde?, dieron lugar a los ¿por qué? y los ¿para qué? La revolución dejó de ser asunto de caudillos y prohombres, convirtiéndose en acción social, colectiva, al perder de paso su carácter unívoco y nacional, en aras de una revolución múltiple y compleja.

Posteriormente, se llamó a estos autores “revisionistas”. Los primeros así llamados fueron John Womack, John Cockroft, Lorenzo Meyer, Jean Meyer, Adolfo Gilly y Arnaldo Córdova. Los dos últimos, interesados en ofrecer una versión global de la Revolución, pusieron en tela de juicio muchas de las explicaciones hasta entonces dadas por la historiografía y las remplazaron por otras nuevas, ambiciosas, certeras, polémicas que, sin embargo, parecen no tocar la versión canónica militar, aunque en realidad, al buscar la explicación de la derrota del villismo y el zapatismo más allá de los campos de batalla enriquecen de manera notable y original la versión canónica dando explicaciones metamilitares a lo militar.

Adolfo Gilly y Arnaldo Córdova muestran a los villistas y a los zapatistas como protagonistas de la revolución de los

vencidos, de “la otra revolución”, la que no se convirtió en el estado priista. Villistas y zapatistas, en sus libros, dejaron de ser una especie de hermanos descarriados de la única y unívoca Revolución o, peor aún, los “instrumentos de la reacción” presentados en las más maniqueas de las versiones oficiales.

Para Gilly, quien presenta a los campesinos villistas y zapatistas como los protagonistas de su libro, la explicación del triunfo de la facción encabezada por Carranza y Obregón está en el ejercicio del poder, pues aunque en diciembre de 1914 “los ejércitos campesinos” ocuparon la capital y todo el centro y norte del país, “y las fuerzas de Carranza son una fracción militar en derrota arrojada sobre una franja costera y refugiada en el puerto de Veracruz, que le acaban de abandonar los yanquis como última base, en realidad, el poder está vacante”, porque la dirección campesina no lo toma, lo custodia para entregarlo a los dirigentes “pequeñoburgueses” de la Convención. Ejercer un poder exige un programa. Aplicar un programa demanda una política. Llevar una política requiere un partido. Ninguna de esas cosas tenían los campesinos, ni podían tenerlas”.<sup>33</sup> Aquí entra una serie de reflexiones sobre lo que un programa es, y sobre quienes sí podían tenerlo y lo tuvieron: los carrancistas, representantes de la nueva burguesía y, en especial, la facción radical encabezada por Obregón. Como los caudillos campesinos no tenían ni podían tener ninguna de esas cosas, convirtieron en desventajas todas las ventajas de su posición inicial

[...] al dispersar completamente sus fuerzas en varios frentes de batalla contra enemigos secundarios. Nada podía favorecer más

---

<sup>33</sup> GILLY, *La revolución interrumpida*, pp. 138 y 139.

desde el punto de vista militar al debilitado centro constitucionalista en Veracruz, que necesitaba ganar tiempo para reorganizar sus fuerzas tanto militar como políticamente.<sup>34</sup>

Para apoyar estas afirmaciones, Gilly cita a Juan Barragán (“las fuerzas constitucionalistas se hallaban en las peores condiciones militares”) y a Francisco Grajales (“esta absurda dispersión de fuerzas, nacida de un obtuso criterio localista reclamado por Zapata, fue la tabla de salvación del constitucionalismo”).

“¿Quién, y por qué, era responsable de esa *absurda dispersión de fuerzas*?” Zapata y Villa, al oponerse a los acertados consejos de Felipe Ángeles, quien propuso a Villa “no detenerse, sino perseguir al descalabrado y debilitado ejército de Obregón, echársele encima con todo el empuje de la División del Norte y aniquilarlo”. Villa se opuso alegando que su base de comunicaciones estaba en Chihuahua y que prefería asegurar sus líneas mientras Zapata atacaba o, al menos, mantenía a raya a Obregón. “Ángeles insistía en que era peligroso y absurdo dividir así las fuerzas y perder el ritmo sostenido —el *tempo*— del avance”. Que había que echar al mar a Obregón antes de que tuviera tiempo de organizarse. “En cuanto al resto de las fuerzas constitucionalistas dispersas por el país, decía Ángeles a Villa, eran secundarias y caerían en cuanto fuera aniquilado el centro”. “Desde cualquier punto de vista, Felipe Ángeles tenía razón. Era el militar de escuela que veía la guerra y el país con criterio nacional y a la fuerza su horizonte político era más amplio. En Villa y también en Zapata, se imponía el criterio regional

---

<sup>34</sup> GILLY, *Historia de la Revolución Mexicana*, p. 152.

campesino”,<sup>35</sup> es decir, la necesidad de defender su tierra, de la que dependían no sólo por cuestiones logísticas, “sino ante todo por razones de prestigio y autoridad de dirigente campesino”. Obregón pensaba como Ángeles, y cuando no se produjo la temida ofensiva, supo que tenía el tiempo que necesitaba y lo aprovechó febrilmente. Él luchaba por el poder, no por la tierra, como Villa y Zapata.

Como es la posesión del poder político la que en definitiva decide sobre la posesión de la tierra, a pesar de la inferioridad militar momentánea de Obregón esta diferencia de objetivos colocaba toda la ventaja de su parte, aunque le llevaría aún grandes batallas afirmarla en los hechos.<sup>36</sup>

Ángeles se subordinó a las decisiones de Villa, ganó batallas magistrales y perdió la guerra junto con el villismo. Aún tuvo Villa tiempo de revertir la situación cuando, en el momento de avanzar hacia el Bajío, Ángeles le sugirió no presentar batalla, sino esforzarse únicamente por retrasar el avance de Obregón para, entre tanto, terminar la campaña del noreste y adueñarse de Tampico, hacerse fuertes en el norte y esperar ahí a Obregón. Eso los fortalecería, a la vez que obligaría a Obregón a alargar peligrosamente su línea de comunicaciones con una retaguardia cada vez más amenazada, que era lo mismo que Obregón temía. Pero la visión de clase de Villa, la defensa de “sus” territorios y su incapacidad para ver la situación en perspectiva nacional, lo hizo caer en la trampa que Obregón le había tendido a

---

<sup>35</sup> GILLY, *Historia de la Revolución Mexicana*, p. 155.

<sup>36</sup> GILLY, *Historia de la Revolución Mexicana*, p. 156.

su imaginación campesina, aceptando la batalla propuesta y perdiendo la guerra.<sup>37</sup>

En el libro de Gilly se expone con claridad la sólida y reiterada argumentación que hace de Felipe Ángeles, el genio militar al que si el Centauro del Norte hubiera hecho caso, se habría impuesto en la guerra civil de 1915. El general Federico Cervantes fue el primer historiador en exponer de manera ordenada la versión, a la postre dominante, de Ángeles como el revolucionario generoso y desinteresado, adalid del liberalismo y la democracia; la del magnífico jefe militar cuyos consejos habrían dado el triunfo a la facción convencionista si Pancho Villa los hubiera seguido.<sup>38</sup>

A partir de entonces, Ángeles aparece como la parte buena de la incomprensible personalidad dual de Pancho Villa (no es invento de Enrique Krauze, sino una línea que parte de Luis Aguirre Benavides, Silvestre Terrazas y Federico Cervantes, intelectuales del villismo que posteriormente escribieron historia), un hombre bueno, un demócrata de arraigadas convicciones, un militar pundonoroso y leal, justo y honrado a carta cabal.

Junto a esta imagen, apareció la del famoso artillero como eminencia gris del villismo, en términos políticos y militares. Ya Álvaro Obregón veía en él el principal “administrador” de la cabeza del Centauro, y desde entonces, amigos y enemigos ven en las grandes victorias de la División del Norte la impronta de Ángeles y argumentan que los grandes errores estratégicos de Pancho Villa se explican porque el inculto y atrabiliario guerrillero de Durango no hizo caso

---

<sup>37</sup> GILLY, *Historia de la Revolución Mexicana*, pp. 186-190.

<sup>38</sup> CERVANTES, *Felipe Ángeles y la revolución de 1913*.



de los consejos de su lugarteniente, mucho más culto y capaz y que, a diferencia suya, sí tenía una visión moderna y nacional de la guerra, como afirmó Gilly en *La revolución interrumpida* y como reiteraría en textos posteriores.<sup>39</sup>

A diferencia de Gilly, Arnaldo Córdova no pretende revisar globalmente la Revolución, sino explicar sus factores ideológicos y políticos. Y en éstos, igual que Gilly, encuentra las razones de la derrota de los campesinos: Córdova argumenta de manera convincente y fundamentada que fue la ausencia de una concepción del Estado y de un proyecto político, lo que llevó a los campesinos a perder la guerra. Fueron incapaces de ofrecer un programa alternativo al constitucionalista o de luchar por el poder político, “objetivo que, en el fondo, ni siquiera se llegaron a proponer y que cuando lo tuvieron a su alcance no supieron qué hacer con él”.<sup>40</sup>

Es decir, que no sólo fue incapacidad estratégica y política de Villa frente al genio de Obregón y Carranza lo que explica que un triunfo que estaba al alcance de la mano se convirtiera en derrota, sino que hay explicaciones que trascienden lo militar, explicaciones sociales y políticas de esta derrota. Muchos autores, como John Womack, Héctor Aguilar Camín, Ramón Eduardo Ruiz, Friedrich Katz (en *La Guerra Secreta...*) y tantos más, así lo entienden y lo argumentan.

---

<sup>39</sup> Véanse estas versiones en MATUTE, *Documentos*; el prólogo de Adolfo Gilly a Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos*; y la argumentación de la propia Guilpain. Véanse también otras dos biografías de Ángeles, con el mismo sentido, pero mucho menos fundamentadas: ÁNGELES, *El verdadero Felipe Ángeles*; ROSAS, *Felipe Ángeles*. Actualmente está en prensa un libro colectivo sobre Felipe Ángeles coordinado por Adolfo Gilly, en el que discuto esas versiones y propongo una nueva lectura de la trayectoria del famoso artillero.

<sup>40</sup> CÓRDOVA, *La ideología*, pp. 25 y 165-168.

Sin embargo, esta interpretación clara, novedosa y auténtica, dio por hecho que la versión canónica de los hechos militares era verdadera y no había necesidad de revisarla o contrastarla, sino de explicarla desde lo político, lo social u otros ámbitos que habrían determinado lo militar. Y ocurrió también que algunas de las más socorridas de estas explicaciones dieron pie a argumentaciones casi fantasiosas.

Uno de los libros recientes más leídos dentro y fuera de México, para entender la revolución mexicana, es el de Alan Knight, historiador británico que procuró “escribir una historia de la etapa armada de la revolución, la cual, aunque no pueda decirse definitiva (pocas lo son), es por lo menos amplia, nacional, original y tal vez lo más aproximado a una historia definitiva y unitaria”.<sup>41</sup> Esto implica un abrumador manejo de fuentes cuyo análisis le permite presentar un panorama “contrarrevisionista” de la Revolución: para Knight, la generación de historiadores representada por Tannenbaum, captó “el carácter esencial de la Revolución de 1910 como movimiento popular y agrario”.<sup>42</sup>

La explicación de Knight parte de la revisión de los “muchos Méxicos”, de las lealtades superpuestas, de las peculiaridades regionales y étnicas, presenta interpretaciones ambiciosas y originales del proceso revolucionario y sus hombres; entre éstas, la distinción entre las rebeliones agrarias y las serranas, con las que explica lo que él llama el “núcleo sólido” del villismo. Knight se pregunta: “¿en qué se diferencian el villismo y el carrancismo?”. Depende de la perspectiva que se adopte y del momento en que sean estu-

---

<sup>41</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. I, p. 13.

<sup>42</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. I, p. 15.

diados. Para la guerra de 1914-1915, “la perspectiva temporal se concentra” en el momento del cisma revolucionario:

Según la perspectiva, el villismo y el carrancismo se confunden o se separan en nítido contraste. El secreto de este *trompe l'oeil* puede explicarse con una metáfora científica. Cada facción nacional tenía un núcleo sólido, geográfica, histórica y (hasta cierto punto) socialmente claro; pero a su alrededor giraban partículas en órbitas diferentes, algunas tan cerca que podían fusionarse —de manera permanente o temporal— con el núcleo, algunas a tanta distancia que escapaban fácilmente cuando otra fuerza las atraía. Cada facción era intrínsecamente inestable: podía crecer o desintegrarse según acrecentara o perdiera partículas dependientes. Ese proceso alteraba no sólo su peso, sino también sus propiedades porque, aun cuando el núcleo simple fuera diferente, al atraer partículas y desarrollar estructuras atómicas más grandes y complejas, se producía cierta convergencia elemental. Mientras más grande era cada “molécula” —facción—, más se parecían entre sí.<sup>43</sup>

Por lo tanto, lo primero que hay que hacer para entender las diferencias entre villistas y carrancistas, es revisar la construcción de sus respectivos núcleos. Muestra la conciencia nacional y la eficacia del núcleo carrancista, formado en 1913 “con la fusión de elementos coahuilenses y sonorenses”, que atrajo numerosas partículas, muchas de las cuales eran “realmente dependientes (del núcleo) y realmente carrancistas”. La diferencia de muchos de los grupos que se llamaron carrancistas a veces por cuestiones de proximidad y urgencia, con sus equivalentes villistas, no eran “sus atributos

---

<sup>43</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, pp. 824-825.

intrínsecos”, sino su relación con el núcleo. “El liderazgo carrancista —a causa de su perspectiva nacionalista— discriminaba mucho al escoger sus reclutas y ejercía aún más control sobre sus actividades posteriores.”<sup>44</sup>

“También el núcleo villista compartía un origen geográfico común: los distritos de la sierra de Durango y Chihuahua, conocidos por su rebeldía.” Casi todos los primeros villistas se conocían y tenían ese vínculo común, además de estar adscritos a la “rebelión serrana”.<sup>45</sup> Destacaban los plebeyos, los hombres humildes del campo, aunque no monopolizaban el núcleo villista, pues había también en el núcleo militares “respetables” que no cambiaban la esencia plebeya, pero que como los plebeyos carrancistas evitaban que ambos núcleos pudieran clasificarse en función de su diferente origen social.

Las diferencias eran más sutiles y, si acaso, se relacionaban con la clase sólo de manera secundaria; correspondían más bien al lugar de origen, ubicación en el proceso revolucionario y educación [...] El más destacado de estos rasgos diferenciadores era el nacionalismo carrancista frente al localismo villista [...] su

---

<sup>44</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, pp. 826-827.

<sup>45</sup> La extremadamente generalizadora definición de Knight de las revoluciones serranas, que le sirve para explicar y encajonar al villismo, en KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, pp. 143-154. Sea éste el momento de señalar que la mitad de los dirigentes duros del villismo provenían de los valles del semidesierto de Durango y de la Comarca Lagunera: la región serrana de Durango era el área de influencia de los hermanos Arrieta, enemigos de Villa; y la región serrana de Chihuahua fue, hasta bien entrado 1913, “el país de Orozco”. Véase nuestro estudio sobre los orígenes de los jefes villistas en los cuatro primeros capítulos de SALMERÓN, *La División el Norte*.

incapacidad para trascender sus compromisos políticos locales, su falta de empuje para ganar el poder nacional.<sup>46</sup>

Estas diferencias entre los núcleos explican, según Knight, tanto el muy distinto reclutamiento de las partículas orbitales como la derrota del villismo: la carencia de visión nacional y el localismo de los villistas, su carácter “Serrano” y “ranchero”, la escasa solidez de su coalición (“El villismo se construyó para impresionar, no para durar”, convirtiéndose en “una coalición vasta y amorfa”), tuvieron un resultado militar evidente: “Fuera del norte-centro de México, las operaciones militares villistas no eran tan exitosas [...] Excepto Felipe Ángeles, soldado de carrera, el resto de los oficiales villistas se desempeñaban con torpeza fuera de su territorio”. Los fracasos de Urbina en El Ébano, de Fierro en Jalisco, de Villa en el Bajío

[...] no eran solamente fracasos *militares*: eran también fracasos de voluntad política. Villa y los villistas “medulares” no se ocuparon, como sí lo hicieron sus rivales carrancistas, en establecerse como élite nacional con derecho a gobernar el país; les interesaba más batir a sus enemigos en el campo de batalla (que, en sí, era casi un fin machista) y aferrarse a sus dominios del norte y centro, en especial esos pedazos que se habían convertido en propiedades de los generales villistas.<sup>47</sup>

Como en Gilly y Córdova, aunque Knight rechace su evidente influencia y oponga una enredada explicación a la muy clara de aquellos, fueron el localismo, la ausencia de política

---

<sup>46</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, pp. 827-829.

<sup>47</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, p. 829.

y la visión campesina (“serrana”), los que llevaron al mando villista a tomar decisiones erróneas que causaron su derrota.

Esta explicación tiene numerosos problemas. Knight pretende fundamentar sus afirmaciones en un estudio exhaustivo, pero al presentar los orígenes y trayectoria de los dirigentes villistas, yerra en numerosas ocasiones, quizá debido a las fuentes que utiliza,<sup>48</sup> a pesar de que insiste en la

---

<sup>48</sup> De ese modo, al responder a la pregunta de “¿quiénes pertenecían a esa facción todopoderosa?”, hace de José y Trinidad Rodríguez hermanos que habían conocido a Villa desde la primera década del siglo xx y llegaron a la jefatura militar por derecho propio capitaneando la brigada Cuauhtémoc en “su distrito natal de Huejotitlán”. En realidad, Trinidad Rodríguez era un rancharo acomodado de la región de Huejotitán, distrito de Hidalgo, y era jefe de la brigada Cuauhtémoc; mientras José E. Rodríguez, jefe de la brigada Villa, era hijo de campesinos pobres de Satevó, distrito Benito Juárez. Convierte en duranguense a Nicolás Fernández, oriundo de Valle de Allende, Chihuahua, donde vivió y trabajó y donde se hizo amigo de Villa y Urbina antes de la Revolución. Hace de Fidel Ávila un “capataz de hatos de San Andrés”, según lo cual, el futuro gobernador de Chihuahua (nacido y radicado en Satevó) sería capataz de los —inexistentes— hatos de un pueblo libre y no, como lo era, de una hacienda. Dice que “El principal jefe villista en Jalisco, Juan Medina” era un ex herrero “muy tonto y simple”; en realidad, Juan Medina era un exoficial federal que fue jefe de Estado Mayor de la Brigada Villa en 1913, y el jefe de los villistas jaliscienses era Julián Medina, que sería “muy tonto y simple” para algún cónsul de Su Majestad Británica. Y podríamos sumar otras imprecisiones sobre personajes como Rosalío Hernández, Santiago Ramírez y otros más, además de comentar su infundado afán por convertir a Manuel Peláez en parte del “núcleo” villista. Todas estas imprecisiones en KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, pp. 827-830. Vuelve a errar cuando afirma en un párrafo en el que habla de los destacados maderistas que ocuparon posiciones importantes en el villismo: “Abel Serratos (revolucionario fracasado en 1910) y Emilio Sarabia (gobernador de Durango en 1912) asumieron la gubernatura en Hidalgo y San Luis Potosí, respectivamente”, puesto que Serratos fue gobernador de Guanajuato, no de Hidalgo, y quien fue gobernador ma-

importancia del estudio a ras de tierra y en la revisión detallada de lo que hay de peculiar, de típicamente regional en cada caso.<sup>49</sup> Más de quince errores a la hora de consignar en dos o tres páginas, orígenes y antecedentes, desvirtúa considerablemente generalizaciones tan tajantes sobre “núcleo” y “periferias”. Pero quizá, más importante que esos errores, sea el hecho de que a la hora de presentar al núcleo villista, Knight eluda mencionar las historias de vida de aquellos personajes con clara trayectoria de liderazgo agrario (como Calixto Contreras, Toribio Ortega o Porfirio Talamantes), que pudieran matizar sus tesis sobre el zapatismo “agrario” y el villismo “serrano”.

La ligereza de Knight en el uso de las fuentes queda manifestada al presentar el terror villista en la capital: “La violación, el tiroteo y el asesinato distinguieron su ocupación de la ciudad de México”. “En esas semanas, 200 fueron asesinados en la ciudad de México”. Los compinches de Villa lo rodeaban en busca —dice Womack— “de excitación y botín”. “Acostumbraba —anota Vasconcelos— no separarse de su escolta ni para comer”. Puede ser que el terror villista sea cierto, pero no sustentado en autores que nunca entendieron el villismo ni lo estudiaron en sus fuentes, como Cumberland, Quirk y Womack; o en informantes de la época o posteriores francamente hostiles al villismo, como Cánova y Vasconcelos. No hay aquí, como no lo hay

---

derista de Durango en 1912 fue el licenciado Emiliano (no Emilio) G. Saravia y Murúa, no su hijo, el general Emiliano G. Saravia Ríos, gobernador villista de San Luis Potosí, en 1915. KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, p. 847.

<sup>49</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, p. 834.

al contar la campaña militar, ni un asomo de equilibrio en el manejo de las fuentes.<sup>50</sup>

Ésa es la explicación que da Knight de la derrota del villismo. La narración de la campaña militar, ya explicadas las razones de su resultado, repite la versión canónica, afirma primero, que Villa perdió sus ventajas iniciales por su localismo y su falta de visión política; mientras Carranza y Obregón acumulaban fuerzas y dedicaban su atención a lo político, hasta que finalmente, Obregón pudo avanzar por el centro:

Obregón contaba, para conseguir ese propósito, con una gran ventaja: Villa desperdigaba sus tropas en campañas exitosas pero desconcentradas, mientras los carrancistas se preocupaban especialmente por el Bajío. Así, Villa enviaba tropas del centro a la periferia, y Carranza llamaba a las suyas del noreste y del sureste, en tanto que Obregón conseguía más reclutas en la ciudad de México y otras partes. Villa derrochaba hombres y dinero, Carranza y Obregón proyectaban, se preparaban, politiquaban: ésa era la manera de ser de cada uno.<sup>51</sup>

Así llegó Obregón a Celaya, “famosa por sus fresas”, donde obró de acuerdo con las máximas de Clausewitz. Y, aunque pone en tela de juicio algunos números de la versión de Obregón y Barragán, suponiendo que el Centauro tenía menos hombres de los que afirman sus enemigos, sí acepta

<sup>50</sup> TAIBO II, *Pancho Villa*, pp. 463-464, cuenta cómo “se construye una calumnia atractiva”, a la que autores como Quirk o Knight le dan — o le quieren dar — sustento académico. Las citas textuales KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, pp. 852 y 858; las referencias que muestran el desequilibrio que menciono llevan los números 757, 782 y 783, t. II, p. 899.

<sup>51</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, pp. 864-865.



las cifras de bajas dadas por el caudillo sonorenses y cuenta las batallas con el ritmo y sentido de Obregón, citando a Barragán para su significado:

Dejando de lado las discusiones acerca de su importancia relativa, no cabe duda de que en conjunto [las batallas del Bajío] decidieron “no solamente el destino del constitucionalismo, sino también la suerte de la Revolución” [...]

Alentados, los villistas presionaron lanzando ataques de caballería contra las defensas de Celaya; entre el amanecer y el mediodía del 7 de abril, hubo 30 cargas. Poca destreza o ciencia había en ellas; la caballería villista trató de ganar Celaya a fuerza y sangre, sin apoyo de la infantería, enardecidos (confesó Villa) por el éxito que habían tenido el día anterior.<sup>52</sup>

No dice nada de Zapata, nada de los otros frentes y la narración, como en Grajales, termina en Aguascalientes, pues desde mediados de julio de 1915, nada hay que agregar a la historia de la derrota de la División del Norte. Para contar este tramo de la historia se basa en Obregón, Barragán y Grajales, con algunas referencias a documentos de Hugh L. Scott y George C. Carothers, textos del *Mexican Herald*, y versiones e interpretaciones de historiadores posteriores, todos antivillistas (Cumberland, Quirk o Taracena, por ejemplo). La única fuente villista citada son las *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán, que terminan antes de la batalla de Aguascalientes y, una vez en 45 referencias, Alberto Calzadiaz. Ninguna fuente villista ni de los archivos militares mexicanos, nulo contraste de fuentes para relatar las batallas que “decidieron la suerte de la Revolución”.

<sup>52</sup> KNIGHT, *La Revolución Mexicana*, t. II, p. 873.

Muy distinta de la de Alan Knight es la versión de John M. Hart, historiador estadounidense que cuando publicó *El México revolucionario* ya era conocido por sus trabajos sobre el anarquismo y la clase obrera mexicana. Su libro sobre la Revolución es una ambiciosa visión de conjunto en la que se presta particular atención a las “causas estructurales” de la Revolución y a la lucha de clases en los años de la violencia. Particularmente ilustrativa y enriquecedora es la ubicación de la revolución mexicana en el contexto de su “causalidad mundial” que echa por tierra la pretensión de seguir entendiendo a la mexicana como una revolución única en su género. También son ricos, en especial, sus aportes sobre los intereses concretos del capital estadounidense en México y sus presiones sobre las facciones revolucionarias: para la coyuntura que ahora nos ocupa reviste particular importancia su análisis del “arsenal” dejado por la infantería de marina estadounidense en Veracruz, para uso de los constitucionalistas, materiales de guerra que, según el puntual, exhaustivo y fundamentado conteo de Hart, habrían servido (sirvieron) para armar un nuevo ejército de 13 000 a 20 000 hombres.<sup>53</sup>

El hecho de que al evacuar Veracruz los estadounidenses dejaran un arsenal que, naturalmente, caería en manos de los carrancistas, sirve de punto de partida a Hart para soltar una serie de afirmaciones que, a diferencia de lo relativo al arsenal propiamente dicho, tienen escaso o nulo sustento. Según Hart, “Carranza y Obregón Salido hicieron una alianza con el gobierno de Estados Unidos” que se tradujo en la entrega del puerto de Veracruz y su arsenal, construyendo un nuevo ejército que impidió la derrota inminente

---

<sup>53</sup> HART, *El México revolucionario*, pp. 383-384 y 397-402.

de su facción. Ejército entrenado en parte, incluso dirigido, por asesores y oficiales estadounidenses:

Oficiales estadounidenses y carrancistas trabajaron codo con codo en el almacenamiento y distribución de armas. El quehacer militar se complementó con los asesores enviados al poco tiempo por Samuel Gompers, de la Federación Americana de Obreros, y el presidente Wilson, que habían establecido vínculos con los reclutas de la Casa del Obrero que se encontraban en los campos de entrenamiento y almacenamiento constitucionalistas que había entre Veracruz y Orizaba.

Los estadounidenses, operando fuera de su base de Veracruz y encabezados por el emisario presidencial, John Lind, y el general Frederick Funston, trataron con los líderes obreristas de la Casa y con oficiales constitucionalistas. Lind organizó en Veracruz la ayuda estadounidense a Carranza.<sup>54</sup>

Y más adelante, agrega:

Las batallas de Celaya, León y Aguascalientes, que tuvieron lugar entre abril y julio de 1915, decidieron la Revolución. Obregón Salido usó mallas de alambre de púas complicadas y caras, nidos de ametralladoras con campos de fuego cruzado que dirigió contra las cargas de caballería de la División del Norte, así como fuego indirecto de artillería, pero con armas muy superiores a la mezcolanza villista de armas modernas con cañones de bronce. La táctica obregonista aprendida en los éxitos alemanes de 1914-1915, señala no el genio militar del neófito Obregón Salido,<sup>55</sup> sino la presencia de asesores extranjeros;

---

<sup>54</sup> HART, *El México revolucionario*, pp. 382-384.

<sup>55</sup> Neófito que, para ese entonces, tenía mayor experiencia directa en combate y con mando de tropas que la que pudiera tener en ese mo-

además del hecho de que su ejército había sido equipado anteriormente por asesores militares en Veracruz.

La inteligencia militar estadounidense describía a Obregón Salido como un “ex pequeño agricultor y tendero con educación general, sin entrenamiento militar técnico”. El apoyo estadounidense fue indispensable.<sup>56</sup>

No se trata ya solamente de visión política o posición de clase: los carrancistas ganaron porque los estadounidenses les dieron armas, entrenaron a sus soldados y dirigieron las operaciones militares. Todo tras bambalinas, de manera tan oscura que ni siquiera un investigador tan acucioso y puntual como Hart, encontró datos en los archivos que corroboraran esas afirmaciones. Porque a diferencia de lo que hace cuando habla del arsenal de Veracruz y de muchas otras cosas, de las que aporta numerosas evidencias documentales, no hay una sola referencia, ni una sola fuente sobre la actividad y presencia de esos asesores extranjeros, ni la “indispensable” ayuda militar estadounidense —fuera del arsenal. Apenas, la referencia al informe de la inteligencia militar que define a Obregón como agricultor y tendero. Nada más.

#### EXPLICACIONES VILLISTAS

La persistencia de la versión canónica en los autores revisados y mencionados se debe, sobre todo en los historiadores académicos de las últimas décadas, a la omisión o descalificación de la historia militar y sus fuentes directas; pero

---

mento —tres años después ya hubiera sido otra cosa— cualquier asesor estadounidense, incluidos los veteranos de la guerra de 1898.

<sup>56</sup> HART, *El México revolucionario*, pp. 427-428.

también a la escasa atención prestada a las fuentes villistas: Obregón, Barragán, Grajales, Sánchez Lamego y Garfias son, casi siempre, las únicas referencias que uno encuentra en las citas que explican la derrota de los ejércitos populares. Se seguía haciendo cuando las escasas fuentes villistas de primera mano, sobre todo algunas memorias e historias escritas por veteranos de la División del Norte, podían o debían haber sembrado dudas razonables sobre muchos de los argumentos de la versión canónica.

Ya en las *Memorias de Pancho Villa*, Martín Luis Guzmán pone en boca del Centauro, apoyándose parcialmente en los textos autobiográficos que el caudillo de Durango dictó a su secretario Manuel Bauche Alcalde,<sup>57</sup> argumentos sólidos que explican sus decisiones militares (y el hecho de que era él, el inculto y atrabiliario robavacas de estrecha visión localista, quien tomaba decisiones estratégicas de alcance nacional); documentos de la época que presentan la angustiosa situación militar del villismo en vísperas de las batallas de Celaya (como un invaluable telegrama dirigido a Tomás Urbina); y versiones contrarias a hechos y datos de la versión canónica, como los relativos a los efectivos con que Villa enfrentó a Obregón, y el número de bajas en la segunda batalla de Celaya: “Y decía haberme hecho cuatro mil muertos y cinco mil heridos, y seis mil prisioneros. O sea, que para las expresiones de su gloria había yo perdido toda mi gente y tres o cuatro mil hombres más”.<sup>58</sup>

El general Juan B. Vargas narra de manera plástica y detallada las batallas de Trinidad y Aguascalientes, presentando

---

<sup>57</sup> VILLA, *Retrato*.

<sup>58</sup> GUZMÁN, *Memorias de Pancho Villa*, p. 589.

una visión villista casi nunca aprovechada por historiadores posteriores (salvo Friedrich Katz y Paco Ignacio Taibo II). Para Vargas, además de esa situación militar desfavorable ya presentada por Guzmán, el villismo enfrentó en el Bajío la creciente injerencia de Estados Unidos, manifestada en la angustiosa carencia de parque durante las batallas, y un apoyo estadounidense a los carrancistas cada vez más descarado, que resultaba de la negativa de Villa a aceptar un acuerdo con los estadounidenses que hubiera sido indecoroso y lesivo para la nación.<sup>59</sup>

Hay versiones cercanas al villismo, como las escritas por Federico Cervantes y Vito Alessio Robles, que muy ricas en otros aspectos, no aportan nuevos elementos al análisis de la historia militar, pese a que sus autores eran ingenieros militares de carrera cuando se incorporaron a las filas villistas; sin embargo, introducen al análisis de la situación un nuevo elemento: la falta de unidad en el mando convencionista —ya señalada en la versión canónica—, representada por las maniobras del gobierno convencionista presidido por Eulalio Gutiérrez para obstaculizar la ofensiva zapatista sobre Veracruz y sabotear la alianza entre Zapata y Villa.<sup>60</sup>

La voluminosa e injustamente olvidada obra de Alberto Calzadías Barrera es una fuente riquísima para entender las razones y pulsiones de los soldados villistas, así como muchas de sus versiones de los acontecimientos, siempre que el historiador la lea con ojo crítico y atento. Calzadías presenta una versión de la campaña de 1915 no muy distinta

---

<sup>59</sup> VARGAS, *A sangre y fuego*, p. 194.

<sup>60</sup> CERVANTES, *Francisco Villa*, pp. 376-378 y V. ALESSIO, *La Convención*, pp. 404-408.

de la canónica en lo general, aunque muy enriquecedora por el rescate de testimonio directo de un grupo que no había tenido voz. Sin embargo, aunque la versión parecería similar a la canónica, no existen aquí torpezas ni incapacidad militar de Villa y sus lugartenientes, sino, otra vez, una explicación de la derrota que va más allá de lo ocurrido en los campos de batalla: para Calzadías, como antes para Juan B. Vargas, Villa firmó y aceptó su derrota al negarse a aceptar las humillantes y antinacionales condiciones que, para reconocer al gobierno de la Convención, le presentó el gobierno estadounidense por conducto de Hugh L. Scott en enero de 1915. No hay aquí —porque no los hubo— oficiales estadounidenses entrenando y dirigiendo al ejército de operaciones de Álvaro Obregón, pero sí el inicio “de las dificultades para el paso de elementos de guerra a través de la frontera, para el general Villa [...] Y el parque que se logró pasar era de salva”.<sup>61</sup> Aparece por escrito una sostenida versión villista: la de las balas de salva o de palo en las batallas de Celaya y Trinidad, sobre la que volveremos más adelante. También se reitera que fue la descarada ayuda estadounidense, al permitir que 8 000 hombres mandados por Francisco Serrano viajaran por los ferrocarriles estadounidenses de Eagle Pass, Texas, a Douglas, Arizona, la que condenó al fracaso la campaña de Sonora, planeada por Villa para revertir los resultados de las derrotas del Bajío.<sup>62</sup>

Cambiar la perspectiva o, mejor aún, no dar por buena una de las perspectivas, permitió a uno de los más brillantes historiadores académicos, Friedrich Katz, advertir elemen-

---

<sup>61</sup> CALZADÍAZ, *Hechos reales*, t II, p. 112.

<sup>62</sup> CALZADÍAZ, *Hechos reales*, t. III, p. 110.

tos que habrían sido evidentes desde buen principio, de no haber sido velados por la versión canónica. Katz se pregunta:

Las causas de la inesperada y dramática derrota de las fuerzas que comandaba Pancho Villa siguen siendo uno de los aspectos más controvertibles de la historia de la revolución mexicana. ¿Se debió a factores subjetivos u objetivos? ¿Era inevitable? Objetivamente, no es posible excluir la posibilidad de que Villa hubiera triunfado de haber aplicado una estrategia y una táctica diferentes. Sin embargo, tenía escasas posibilidades: los factores objetivos tendían a favorecer a Villa en el corto plazo y a Carranza en el largo.<sup>63</sup>

La mayoría de los observadores atribuían clara ventaja a los convencionistas, dada la distribución geográfica de los ejércitos.

Sin embargo, esas ventajas sólo lo eran en el corto plazo. En el largo [calculable en meses, tal vez incluso en semanas, más que en años], los carrancistas tenían algunas cartas que fueron adquiriendo importancia. Su coalición era más coherente, menos heterogénea y divisionista que la de la Convención, y demostraría un grado mucho más alto de unidad militar. Disponían de mayores recursos económicos. Por último, en términos objetivos, la postura de los Estados Unidos resultaría más favorable a ellos que a los convencionistas.<sup>64</sup>

Katz es el primer historiador académico que señala que la ventaja de los convencionistas es sólo inicial, temporal y

---

<sup>63</sup> KATZ, *Pancho Villa*, t. II, p. 14.

<sup>64</sup> KATZ, *Pancho Villa*, t. II, p. 15.



pasajera, aunque los argumentos cercanos a la versión canónica parezcan imponerse a este descubrimiento, pues según Katz, esas “ventajas objetivas” de los carrancistas se veían reforzadas por una “ventaja subjetiva”: Villa era incapaz de desarrollar una estrategia de alcance nacional, ni de aprender (como Obregón) las lecciones militares de la primera guerra mundial. “Y lo más grave: conforme su poder crecía, Villa se iba volviendo más arrogante y estaba menos dispuesto a aceptar críticas y consejos”.

La alianza convencionista, en la que los dirigentes campesinos del zapatismo y del villismo tenían un peso considerable, era “frágil y heterogénea”, estaba desgarrada por crecientes divisiones internas y carecía de unidad de mando. Era tal la mezcla que representaba la coalición convencionista, “que una alianza duradera entre ellas parecía inconcebible y, de hecho, pronto se desintegraría”. El grupo formado en torno de Eulalio Gutiérrez durante la Convención de Aguascalientes se convirtió en un auténtico enemigo interno, y los villistas y zapatistas tampoco actuaron conjuntamente. Por el contrario, la alianza constitucionalista era menos heterogénea y sus fuerzas constituían “un verdadero ejército profesional”, con mando centralizado. Más importante es que:

Los ingresos que producían los territorios en posesión de Carranza duplicaban los que se podían obtener de las partes del país que dominaba la Convención. Los carrancistas controlaban las exportaciones más importantes: la región petrolera de Tampico, los campos henequeneros de Yucatán y las regiones cafetaleras de Chiapas. A diferencia de las regiones exportadoras del norte, el sur y la región petrolera no se habían visto afectados por la guerra; por el contrario, su producción —sobre

todo la de petróleo y henequén— había seguido aumentando, ya que los precios de las materias primas subieron como resultado de la escasez producida por la primera guerra mundial.<sup>65</sup>

El gobierno de Wilson, objetivamente, les fue mucho más útil a los carrancistas que a los villistas, empezando con la fundamental decisión de desalojar Veracruz entregando a los primeros la ciudad y sus depósitos de armas. Leída cuidadosamente esa coyuntura, puede ser que la única ventaja momentánea de los convencionistas fuera el ritmo militar, desaprovechado por Villa al no atender los consejos de Felipe Ángeles.

Ángeles era el único dirigente de la facción convencionista que entendía con claridad la situación militar, las ventajas iniciales de los convencionistas y sus desventajas a largo plazo [...]

Ángeles trató por todos los medios de convencer a Villa de que no se demorara en la ciudad de México, sino continuara su avance sobre el cuartel general de Carranza en Veracruz. El impulso adquirido por Villa era tan grande que podría haber convencido a Gutiérrez y a sus seguidores e incluso a los zapatistas, tan opuestos a apartarse de su territorio, de unírsele en un ataque contra el puerto. El ejército de Pablo González estaba desmoralizado por las deserciones y las derrotas, y Obregón aún no había podido reorganizar a las fuerzas carrancistas.<sup>66</sup>

Al parecer, Villa estuvo de acuerdo en un principio con este plan, hasta que recibió una petición de ayuda del jefe de armas de Torreón, Emilio Madero, y envió a Ángeles a

---

<sup>65</sup> KATZ, *Pancho Villa*, t. II, p. 33.

<sup>66</sup> KATZ, *Pancho Villa*, t. II, p. 58.

liberar esa plaza y atacar Saltillo y Monterrey. Ángeles trató infructuosamente de convencer a Villa.

Ángeles tenía razón. Un ataque inmediato sobre Veracruz era la única posibilidad que tenía Villa de superar sus desventajas estratégicas a largo plazo y tal vez de alcanzar la victoria. Al descartar esa opción, le dio a Carranza un nuevo plazo de vida.

Fueron varias las razones que empujaron a Villa a esa decisión fallida. Con frecuencia se ha aducido que el motivo principal fue una visión regional, una incapacidad de visualizar a México en su conjunto y la convicción de que sólo el norte contaba. Es casi seguro que ello influyó y que Villa temía que le cortaran la comunicación con su base mucho más que Obregón.<sup>67</sup>

El cambio completo de estrategia, que buscaba la destrucción de los núcleos carrancistas del noreste y el occidente, subestimaba la capacidad de Obregón, que pudo organizar su ejército mientras Ángeles y Villa se entretenían en los otros frentes sin lograr destruir ninguno de los ejércitos carrancistas a pesar de sus victorias parciales. Entonces, Obregón avanzó hacia el Bajío, eligió el campo de batalla y destruyó el poderío militar de la División del Norte. Es decir, que a fin de cuentas, los hechos de armas ocurrieron tal como los cuenta la versión canónica:

Las derrotas militares de Villa se debieron sobre todo a crasos errores estratégicos. El principal de ellos consistió en no atender el consejo de Ángeles de atacar Veracruz en el momento en que los carrancistas no habían logrado aún reorganizar sus fuerzas y Villa se hallaba en la cúspide de su poder. El segundo

---

<sup>67</sup> KATZ, *Pancho Villa*, t. II, pp. 58-59.

gran error consistió en intentar combatir en todos los frentes al mismo tiempo, en vez de concentrar las fuerzas para enfrentarse a cada uno de los ejércitos de Carranza. El tercero fue no escuchar la opinión de Ángeles en el sentido de que había que atraer a Obregón cada vez más al norte y, por tanto, hacer más vulnerables sus líneas de comunicación.

A estos errores estratégicos e sumaron errores tácticos igualmente graves [...] <sup>68</sup>

¿A qué se debieron los errores de Villa? En parte a “la limitada perspectiva norteña”; en parte a “su falta de educación”: es decir, que a pesar de su preciso y correcto análisis de la situación en el momento de la ruptura, en lo militar Katz sigue comulgando con la versión canónica.

Finalmente, la biografía más leída de Pancho Villa después de la de Martín Luis Guzmán, la de Paco Ignacio Taibo II, que comprende extraordinariamente la sicología y las razones del personaje, repite los datos fundamentales de la versión canónica:

Villa iba a triunfar. Lo pensaba Cánova, el enviado de Wilson, lo creía Pershing desde la frontera: “Villa puede ser el hombre del momento”. Lo afirmaban las profecías de la madre Matiana: cuatro Panchos gobernarían México: De la Barra, Madero, Carbajal y ahora... Villa [...]

Las cuentas que se sacan sobre las fuerzas militares en futura pugna son exageradas. Azcona dirá que Carranza contaba con 101 000 hombres contra 24 000 del lado de Villa, sin contar a los zapatistas. El historiador militar Sánchez Lamago dirá que eran 90 000 del lado de la Convención (60 000 de la División del

---

<sup>68</sup> KATZ, *Pancho Villa*, t. II, pp. 77-78.

Norte y otras fuerzas y 30 000 de los zapatistas) y 35 000 con Carranza. Más cerca de la verdad sería decir que los convencionistas duplicaban a los carrancistas en razón de 60 000 a 30 000 hombres.<sup>69</sup>

La narración de Taibo II, siempre atenta a las acciones y reacciones de Pancho Villa, da por buena la versión canónica, pero también hace una crítica muy sólida —devastadora, en ocasiones—, desde fuera de la academia, a afirmaciones e interpretaciones de autores como John M. Hart, Eric Wolf, Robert Quirk, John Womack, Alan Knight o Enrique Krauze, como el invento de los tres primeros según el cual en Celaya se enfrentaron la “modernidad” obregonista y el “atraso” villista: cargas de caballería contra alambradas y nidos de ametralladoras.<sup>70</sup>

También hay que señalar la atención que Taibo pone a las versiones orales del villismo. Ejemplo: las “balas de palo” de la segunda batalla de Celaya. La escasez de municiones era angustiosa para el villismo en las batallas del Bajío (un hecho tan importante como incuestionable que, sin embargo, Obregón y Barragán omiten), y se complicó con un hecho señalado por muchos villistas: son múltiples y coincidentes los testimonios de primera mano recogidos por Taibo que hablan de balas de palo, balas defectuosas, a tal grado que “En la memoria colectiva de los villistas que combatieron en Celaya quedó fijado que *los americanos mandaron parque de palo*”.<sup>71</sup>

La ya abundante bibliografía villista ha combatido y derribado muchas de las ideas de las versiones tradicionales

<sup>69</sup> TAIBO II, *Pancho Villa*, p. 440.

<sup>70</sup> TAIBO II, *Pancho Villa*, p. 511.

<sup>71</sup> TAIBO II, *Pancho Villa*, p. 518.

sobre la Revolución, pero apenas ha hecho mella a la versión canónica de los hechos militares, porque los historiadores villistas (tanto Vargas y Cervantes como Katz y Taibo II) estaban preocupados por otros problemas, que resolvieron muy satisfactoriamente.

#### TRANSPOSICIONES, SUPOSICIONES Y SUGERENCIAS

México libró una guerra civil feroz y sangrienta al mismo tiempo que en Europa se dirimía el dominio mundial. A pesar de las notabilísimas diferencias entre ambas conflagraciones, los historiadores de nuestra guerra civil se empeñan en argumentar que el general en jefe del bando vencedor asimiló correctamente las lecciones de la guerra europea, y el general en jefe del ejército vencido no asimiló ni esas enseñanzas, pues rebasaban ampliamente su limitado horizonte cultural, ni aprendió tampoco las lecciones de sus propios errores.

Si las lecciones de esa guerra consisten en la superioridad del orden disperso sobre el cerrado, la eficacia de la moderna artillería y de las ametralladoras contra las tácticas tradicionales de la infantería y la caballería, las posibilidades defensivas de las nuevas armas y los usos de las trincheras y los alambres de espino, esas lecciones proceden de la guerra de los boers y de la guerra ruso-japonesa, incluso de la guerra franco-prusiana, y no de la primera guerra mundial. De ésta, en 1915, los caudillos mexicanos no podían tener muchas más referencias que los partes cablegráficos llegados a Nueva York y reproducidos en la prensa mexicana... Esas lecciones provienen incluso de algo mucho más cercano al horizonte cultural de los jefes carrancistas — sobre todo los

del noreste—: la guerra de secesión estadounidense.<sup>72</sup> Quizá habría que preguntarnos entonces por qué Obregón entendió lo que no entendieron Ferdinand Foch, Joseph Joffre, Douglas Haigh o Paul von Hindenburg,<sup>73</sup> porque, a diferencia de Obregón, en la primera guerra mundial “todos los jefes subestimaron el poder de la defensiva táctica”, en un momento en el cual las armas disponibles y los refinamientos tecnológicos hacían que “las ventajas en el combate se acumularan abrumadoramente en el lado de la defensiva”.<sup>74</sup>

Resultan más absurdas las comparaciones entre ambos conflictos si consideramos que en México, salvo dos o tres cañones montados en plataformas del ferrocarril y los cañones de los buques de la Armada, toda la artillería moderna (unos 80 cañones en toda la guerra, entre todos los bandos) pertenecía a la llamada artillería de campaña, es decir cañones de 75 u 80 mm. Se pretende comparar (¡se compara!) la preparación artillera de Zacatecas o de Celaya, donde la División del Norte no tenía en ningún caso más de 26 cañones de 75, con la que precede a las batallas de Verdún o del

<sup>72</sup> Benardo Ibarrola, quien estudia la institucionalización del ejército mexicano entre 1867-1910, me puso sobre esta pista.

<sup>73</sup> Aunque esta comparación es injusta, porque en la primera guerra hubo jefes competentes y eficaces entre aquellos que mandaron ejércitos de mucho menor envergadura que los dinosaurios del frente occidental, y en teatros de operaciones no empantanados; jefes como Mustafá Kemal, Paul von Lettow-Vorbeck, Edmund Allenby y Lawrence de Arabia. Seguramente ellos —y Obregón—, también hubieran sido ineficaces donde lo fueron Joffre, Haigh y Hindenburg.

<sup>74</sup> MONTGOMERY, *Historia del arte de la guerra*, pp. 472-474. Otras críticas notables a la torpeza y la ineptitud de los mandos de los desmesurados ejércitos de la primera guerra mundial, en dos de las mejores versiones sintéticas de la misma, FERRO, *La gran guerra* y KEEGAN, *The First World War*.

Somme, donde se dispararon 1 500 000 granadas, la tercera parte de ellas procedente de la artillería mediana y pesada (de calibre de hasta 15 plg y granadas de hasta 1 400 lb de peso). En la batalla del Somme, luego de que la “laminadora del frente” (esas 1 500 000 granadas en cuatro días) machacara las posiciones alemanas,<sup>75</sup> las ametralladoras que éstos conservaban segaron la tercera parte de los efectivos británicos de asalto en la primera oleada del ataque. Lo característico de la guerra de trincheras fue esa brutal concentración de poder de fuego que hacía de todo ataque frontal algo racionalmente imposible (salvo que según muchos críticos, los mandos del frente occidental en la primera guerra no eran precisamente racionales: uno de los mayores jefes militares del siglo xx califica al mariscal Joffre, como “terco y brutal [...] también era estúpido”, y dice que los otros jefes no eran mejores).<sup>76</sup> En México no hubo artillería pesada ni existieron jamás esas concentraciones de poder de fuego ni esos porcentajes de bajas, ni siquiera en la defensa del cerro de la Pila (en la batalla de Torreón, en la primavera de 1914, meses antes del asesinato del Archiduque Francisco Fernando), donde se dio la mayor concentración de elementos en una posición claramente delimitada.<sup>77</sup>

---

<sup>75</sup> JÜNGER, *Tempestades de acero*, es quien mejor muestra cómo se vivía bajo esa terrible “laminadora”.

<sup>76</sup> MONTGOMERY, *Historia del arte de la guerra*, p. 471.

<sup>77</sup> El cerro de La Pila, de 1 km de largo por 100 de altura y una pendiente de 30°, había sido atrincherado y alambrado y lo defendían 600 hombres con seis cañones de 75 mm y 12 ametralladoras, y estaba sostenido además, por los cañones del cerro de Santa Rosa y de la Casa Redonda. Véase en SALMERÓN, *La División del Norte*, pp. 421-423.



En la segunda batalla de Celaya (porque en la primera no hubo tiempo de cavar “loberas” ni tender alambradas), Obregón tenía, según sus cuentas, 15 000 hombres, de 86 a 100 ametralladoras y no más de quince cañones, que cubrían un perímetro que, sobre el mapa, mide quizá 20 km. De este modo desaparece la característica fundamental de la guerra de trincheras, para recordar más bien eventos similares a las guerras franco-prusiana, ruso-japonesa y de secesión. Si no existe esa brutal concentración de fuego, si no existen los 3 793 cañones de 75 mm y los 300 cañones pesados que tenía el ejército francés en 1914, o los casi 2 000 cañones pesados de los alemanes, no es posible equiparar la batalla de Celaya —o la de El Ébano, llamada por la propaganda carrancista “el Verdún mexicano”— con las de la primera guerra mundial, ni hay lecciones que un bando asimiló y otro no, entre otras cosas porque, si no para los historiadores de la revolución mexicana sí para los historiadores militares europeos, las únicas lecciones de aquella guerra versaban sobre lo que no debía hacerse.<sup>78</sup>

Entre esas lecciones, estaba el uso de la caballería en la guerra moderna, aunque ésta se mostró obsoleta desde la guerra franco-prusiana. En el frente occidental de la primera guerra, la caballería fue casi inútil y sus logros mínimos. Sin embargo, en el frente oriental y en Palestina, la caballería siguió desempeñando un papel muy importante porque no existieron ahí las concentraciones de poder de fuego del frente occidental. Es decir, en campos de batalla no dominados por las trincheras, la artillería pesada y la acu-

---

<sup>78</sup> FERRO, *La gran guerra*, pp. 175-176 y KEEGAN, *El rostro de la batalla*, pp. 300-307.

mulación de poder de fuego, la caballería bien aprovechada era eficaz.<sup>79</sup>

Y eso nos lleva al otro comandante en jefe, el que según exageraciones de la versión canónica ordenó treinta cargas de caballería contra ametralladoras y posiciones atrincheradas en la segunda batalla de Celaya. Combatiendo en el desierto y la estepa, ese jefe aprendió a hacer la guerra, pero tras los primeros fracasos al ordenar ataques a fuertes posiciones defensivas, ordenó a sus soldados echar pie a tierra. Los ataques a las posiciones defensivas de Torreón, en la primavera de 1914, y de Zacatecas, en junio de ese año, se hicieron pie a tierra y en orden disperso. Claro —arguyen los historiadores— que en esas batallas brilló el metódico enfoque del general Felipe Ángeles..., pero Ángeles no estuvo en el asalto a Chihuahua, en noviembre de 1913, en el que los villistas, como después en Torreón y Zacatecas, dejaron sus caballadas encadenadas a retaguardia (por lo tanto, según las versiones tradicionales, en 1915 Villa olvidó lo aprendido en 1913).<sup>80</sup>

Felipe Ángeles nos lleva al juego de la historia contrafactual: los historiadores aseguran que si en diciembre de 1914 Pancho Villa le hubiera hecho caso al famoso artillero, los constitucionalistas habrían sido destruidos. Hay aquí una contradicción flagrante en la mayoría de los textos, pues los mismos historiadores que transpolan las “lecciones de la primera guerra mundial” y sus imbatibles ametralladoras y alambres de púas —que no se mencionan en las crónicas

---

<sup>79</sup> REGAN, *Historia de la incompetencia militar*, pp. 112-113 y FERRO, *La gran guerra*, pp. 173-174.

<sup>80</sup> SALMERÓN, *La División del Norte*, pp. 357-366.

villistas sobre la batalla de Celaya— y hablan de la visión estratégica global que Ángeles poseía y que Villa —por campesino— no podía tener, no discuten la idea de que en 1913-1914 los improvisados caudillos revolucionarios resultaron mejores jefes militares que los generales del ejército federal.

La contradicción estriba en que esos mismos historiadores juzgan a Ángeles con un rasero distinto que al resto de los jefes federales. Es un lugar común decir que el ejército porfiriano fue barrido, entre otras cosas, porque el mando supremo lo tenían los “generales cuarteleros” y no la nueva generación de oficiales formados en la escuela francesa y muchos de ellos “posgraduados” (permítaseme el anacronismo del término) en Francia...,<sup>81</sup> pero a Ángeles lo juzgan con un rasero distinto, aunque no era un caso especial, sino que formaba parte de todo un grupo de militares con los que Porfirio Díaz pensaba relevar a los veteranos de las guerras civiles decimonónicas.

¿Por qué entonces Ángeles hubiera podido ganar una guerra ante militares que en todas las grandes batallas de 1914, derrotaron a sus pares? Quizá, suponen algunos, porque no estaba subordinado a los “cuarteleros” viejos y anquilosados (olvida que en 1913-1914 muchos de los pares de Ángeles tuvieron importantes mandos en jefe); quizá, suponen otros, porque Ángeles habría tenido a sus órdenes a las entusiastas tropas revolucionarias y no a los soldados federales tomados de leva, sin moral de combate (olvida que siempre que estuvieron bien armados y mandados, esos pobres soldados se batieron con heroísmo y pericia comparables a las de los mejores rebeldes de Sonora y Chihuahua).

---

<sup>81</sup> LOZOYA, *El ejército mexicano*, pp. 30-32 y 96.

Ante estas preguntas y contradicciones, ante muchas otras que sería largo exponer aquí, podemos concluir, que cuando Clausewitz sólo se estudia en las academias militares como parte de la historia del pensamiento militar, de la misma manera que la filosofía de la historia de Hegel se enseña en las escuelas de historia como parte del desarrollo del pensamiento histórico, seguimos leyendo la más violenta de las guerras civiles de la historia de México con criterios clauswitzianos.<sup>82</sup>

También podemos concluir que a pesar del predominio de la versión canónica, las versiones villistas y los ejercicios comparativos nos sugieren numerosas dudas, que podrían ser el punto de partida de una investigación revisionista que explore exhaustivamente las fuentes existentes.

a) No es convincente la explicación de la derrota mediante los argumentos de la oposición entre tradición y modernidad, ni verosímiles las versiones que atribuyen a un general en jefe la capacidad de asimilar “las lecciones de la primera

---

<sup>82</sup> En 1915, Clausewitz, que como pensador pertenece a la estirpe hegeliana, seguía siendo el paradigma de la historia militar. De hecho, desde la guerra franco-prusiana y muy claramente en 1914, “todo el pensamiento militar europeo” era Clausewitziano. KEEGAN, *Historia de la guerra*, p. 422. Eso llevó a las concepciones de la guerra total como única forma de guerra aceptable en la época moderna (y a la catastrófica cultura del servicio militar obligatorio, con sus ejércitos de millones de hombres y los resultantes millones de muertos de la primera guerra); de la batalla “como única actividad realmente bélica” a la que debe supeditarse todo lo demás; de la destrucción del enemigo como objetivo verdadero de la guerra sólo alcanzable mediante las grandes batallas, y otras ideas cuya adopción por los estadistas europeos fueron de efectos devastadores. CLAUSEWITZ, *De la guerra*, t. I, pp. 7, 115, 24-25 y 35; t. II, pp. 10, 38 y 50, y t. III, pp. 7 y 240.

guerra mundial”, inalcanzables para el horizonte cultural del otro;

*b)* es insostenible la afirmación de que en noviembre de 1914 los convencionistas lo tenían todo para ganar, y no parece ser cierta la que afirma que tenían mucho mayores elementos de guerra que sus enemigos: los datos existentes muestran una situación notablemente más equilibrada;

*c)* hay numerosos elementos para inferir que el general en jefe vencido tenía una estrategia militar de alcance nacional y que buscaba la victoria, contra la versión canónica que lo muestra únicamente reaccionando frente a las iniciativas del enemigo. En ese sentido, hay que revisar los planteamientos deterministas que niegan a los “campesinos” la posibilidad de plantearse la toma del poder y de mirar más allá de sus demandas limitadas y regionales;

*d)* las batallas de Celaya son presentadas como decisivas por una construcción historiográfica según la cual, las guerras se resuelven mediante batallas decisivas;

*e)* el equilibrio y la capacidad de los contendientes nos hablan de una guerra en la que los resultados obtenidos en los campos de batalla fueron mucho más significativos de lo que los historiadores han presentado. Una guerra resuelta en los campos de batalla, tanto o más que mediante las explicaciones políticas y sociales que los historiadores revisionistas nos han ofrecido, y

*f)* si las explicaciones de la derrota de los “ejércitos campesinos” lo son desde lo ideológico, lo sociológico o lo político de esta versión canónica de la historia militar, la revisión de la base que se da por sentada obligará también a someter a la crítica, conclusiones extraídas de aquellas que durante mucho tiempo, han sido dadas por buenas.

Se trata, sin duda, de una historia que hay que revisar y reescribir.

## REFERENCIAS

AGUIRRE, Amado

*Mis memorias de campaña*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

ALESSIO ROBLES, Miguel

*Obregón como militar*, México, Cultura, 1935.

ALESSIO ROBLES, Vito

*La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

AMAYA, Luis Fernando

*La Soberana Convención Revolucionaria*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

ÁNGELES CONTRERAS, Jesús

*El verdadero Felipe Ángeles*, Pachuca, Universidad Autónoma de Hidalgo, 1992.

*Así fue*

*Así fue la Revolución Mexicana*, México, Consejo Nacional Educativo, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

BARRAGÁN, Juan

*Historia del ejército y la revolución constitucionalista*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II.

CALZADÍAZ, Alberto

*Hechos reales de la Revolución*, México, Patria, 1959, ts. I, II y III.

CERVANTES, Federico

*Felipe Ángeles y la Revolución de 1913. Biografía (1869-1919)*, México, s. e., 1943.

*Francisco Villa y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

CLAUSEWITZ, Karl von

*De la guerra*, México, Diógenes, 1986, 3 tomos.

CÓRDOVA, Arnaldo

*La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1973.

FERRO, Marc

*La gran guerra (1914-1918)*, Madrid, Altaya, 1997.

GILLY, Adolfo

*La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1985.

GONZÁLEZ, Luis

“75 años de investigación histórica en México”, en *México, setenta y cinco años de Revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, t. IV, pp. 649-704.

GUILPAIN PEULIARD, Odile

*Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana*, prólogo de Adolfo Gilly, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

GUZMÁN, Martín Luis

*Memorias de Pancho Villa*, México, Porrúa, 1984.

HART, John Mason

*El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza Editorial, 1990.

JÜNGER, Ernest

*Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets, 1987.

KATZ, Friedrich

*Pancho Villa*, México, Era, 1998, 2 tomos.

KEEGAN, John

*El rostro de la batalla*, Madrid, Ediciones del Ejército, 1990.

*Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1995.

*The First World War*, Nueva York, Vintage Books, 2000.

KNIGHT, Alan

*La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, México, Grijalbo, 1996, 2 volúmenes.

LOZOYA, Jorge Alberto

*El ejército mexicano*, México, El Colegio de México, 1984.

MATUTE, Álvaro (comp. y prólogo)

*Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, México, Domés, 1982.

MONTGOMERY, Vizconde de Alamein

*Historia del arte de la guerra*, Madrid, Aguilar, 1969.

OBREGÓN, Álvaro

*Ocho mil kilómetros en campaña*, estudios preliminares de Francisco L. Urquiza y Francisco J. Grajales, apéndice de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, «Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana, v», 1959.

REGAN, Geoffrey

*Historia de la incompetencia militar*, Barcelona, Crítica, 1987.

ROSAS, Alejandro

*Felipe Ángeles*, México, Planeta-De Agostoni, 2002.



SALMERÓN, Pedro

*La División del Norte: la tierra, los hombres y la historia del pueblo*, México, Planeta, 2006.

“Pensar el villismo”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 20 (2000), pp. 101-128.

SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel A.

*Historia militar de la Revolución en la época de la Convención*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1983.

TAIBO II, Paco Ignacio

*Pancho Villa*, México, Planeta, 2006.

ULLOA, Berta

*Historia de la Revolución Mexicana*, 4, *La revolución escindida*, México, El Colegio de México, 1979.

*Historia de la Revolución Mexicana*, 5, *La encrucijada de 1915*, México, El Colegio de México, 1979.

VARGAS ARREOLA, Juan B.

*A sangre y fuego con Pancho Villa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

VILLA, Pancho

*Retrato autobiográfico, 1894-1914*, edición preparada por Guadalupe Villa y Rosa Helia Villa, México, Taurus, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.